

503

5

AD
CIÓN

4

58

BALMERE

POHSEAN

POSTUM AR

PQ6503

.B25

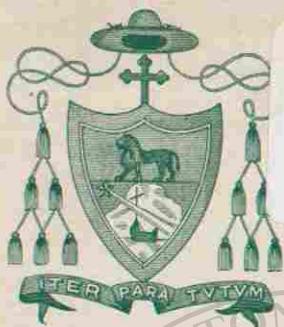
P6

1903

C.1

45874

009358



1080021435

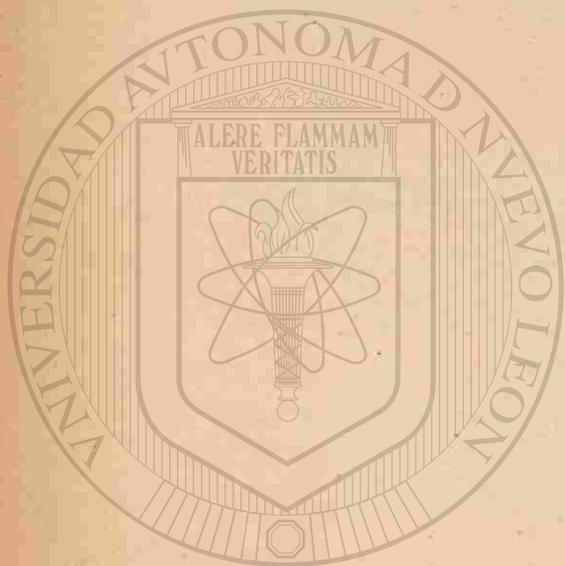
EX LIBRIS
HEMETHERIK VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



POESÍAS PÓSTUMAS

UANL

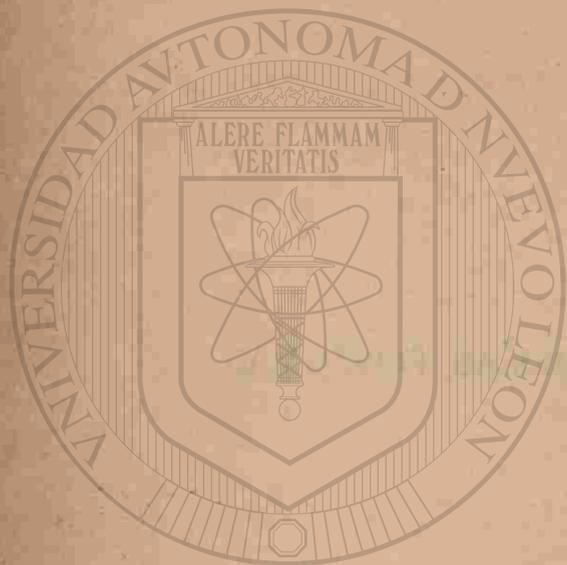
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obras del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

POESÍAS PÓSTUMAS

TERCERA EDICIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA BARCELONESA

calle de las Tapias, número 4.

1903



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

45874

Pa 6503

B25

P6

1903



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

15884



PRELIMINAR



UNA perla faltaba á la diadema, con que aparece coronada en el mundo literario la figura del Dr. D. Jaime Balmes. Sus biógrafos y apologistas lo han considerado como publicista, como historiador, como teólogo, como matemático, como filósofo, como político, como literato; pero no habian aún visto la luz pública datos suficientes, por los cuales pudiese ser calificado como poeta. Una que otra producción diseminada por algún periódico ó conocida de sus solos amigos nos revelaba única-

009358

mente que su vastísimo talento no era ajeno al mecanismo de la versificación, ni tampoco al genio de la poesía. Vate muchas veces en medio de sus escritos, descubría la facundia inagotable de su imaginación y la riqueza de sus recursos oratorios. Dedicado á estudios serios y profundos, capaces de absorber una inteligencia tan elevada como la suya, no era fácil sospechar que tuviese lugar y holgura para entregarse ni un momento al ameno pasatiempo de ligeras y donosas composiciones, ni menos aun á delinear con vivas pinceladas inspiraciones grandes y elevadas. Si á los estudios de su larga y variada carrera, y á las vigiliadas indispensables para acumular los materiales inmensos de sus obras de ciencia, se añaden los deberes diarios del sacerdocio, que exactamente cumplía, y los del profesorado de matemáticas, que desempeñaba en la ciudad de Vich, su patria, sorprenderá en verdad que se publique ahora un tomo entero de sus composiciones en verso, de distintos géneros, en las cuales la agudeza y el gracejo alternan con la imponente gravedad, y la risueña melodía con toda la magnificencia de un estro sublime.

Ésta es sin duda la primera vez, en que los escritos de Balmes han necesitado de una ligera revisión. Recogidos de descuidados manuscritos, trazados precipitadamente en cortos instantes de solaz ó de inspiración, hubieran salido limados por la pluma del autor, si éste se hubiese propuesto el publicarlos (1). Mas ahora han de-

(1) Léanse en prueba de esto los siguientes fragmentos de una carta que desde Vich y con fecha de 22 de Julio de 1839 dirigió el autor á un amigo suyo de Barcelona: «Según veo por la carta que acabo de recibir de Ferrer y Subirana, VV. creyeron que yo trataba de publicar desde luego las poesías; tal vez mi mal modo de expresarme lo daría á comprender así, pero no era éste mi pensamiento. Si mal no me acuerdo, les decía que contaba gastar algún tiempo en bruñirlas, y en tales materias este tiempo no debe ser poco... juzgo que las poesías, si no buenas, á lo menos no fueran despreciables, pues si pensara de otro modo, no había de ser tan lerdo que tratara de publicarlas... parece que Ferrer recela que yo no me precipite; mal me conoce: una cosa es una publicación que ocupa el ángulo de una hoja periódica, y otra cosa es un libro: á buen seguro que no soltaría yo el cartapacio de la mano, sin haberme despedido de él milares de veces. Al menos puedo asegurarles que todo sería enteramente original, que ni siquiera se hallarian allí imitaciones, y que versan las poesías sobre objetos mirados bajo puntos de vista que, según mi parecer, no acostumbran hacerlo ahora los poetas que figuran en España...»

De la data de esta carta se infiere que las poesías en cuestión estaban ya escritas antes que el autor publicase ninguna de sus demás obras, y que las compuso durante la época que precedió al año trigésimo de su edad.

bido sufrir en honor suyo la misma revisión que si él la hubiese confiado á la intimidad de un amigo, revisión que, practicada con todo el respeto debido al eminente escritor, se ha limitado á lo más preciso, á simples descuidos de corrección en borradores informes y apenas legibles. No se ha añadido ó substituido una palabra que no fuese necesaria para enlazar el sentido, y muchas veces la alteración ha consistido en invertir simplemente el orden de las palabras. Se ha pensado proceder en esta operación con la misma delicadeza con que obraría un pintor, á quien se confiase retocar de un cuadro de Rafael ó de Murillo los cortos y casi imperceptibles intersticios debidos al tiempo ó á la polilla.

En las poesías de Balmes se nota ante todo una circunstancia, aplicable hasta cierto punto á todas sus obras: la doble influencia de las dos escuelas, la antigua y la moderna. Aquélla con su regularidad, con su juicio, con su fondo; ésta con sus formas, con su brillo, con su aparato. Otra particularidad se nota en Balmes en todos sus escritos, y es una propensión á dejar agotada la materia, es decir, á presentar el objeto

bajo todos sus aspectos sin dejar cebo á la penetración del lector. En prosa y en producciones puramente didácticas esta ampliación oportuna, que en Balmes nunca degenera en difusión ni en languidez, es una calidad apreciable que garantiza la clara inteligencia de la doctrina para la generalidad de los lectores. Pero la inspiración poética no admite por lo regular este completo desarrollo del pensamiento. Así es como algunas veces, á pesar de un asunto felizmente escogido, fondo interesante, riqueza de imágenes, distribución magnífica de plan, y hasta delicadeza de colorido, échase de menos el éxtasis poético, la fervida animación en el conjunto. Es que la fantasía, aunque ardiente y fecunda, no siente aún la presencia de aquel numen que arrebató; es que el pensamiento no sabe desprenderse de ninguno de los tesoros que la imaginación acumula; es que la lira se halla en manos del filósofo.

Después de este ligero tributo pagado á la imparcialidad, debemos confesar que en Balmes hay genio y una inteligencia creadora que derrama con profusión galas de todo género, y que sorprenderá sin duda á cuantos en él no admiraban más que al ló-

gico severo y al pensador profundo. Elévasse como el águila hasta el sol y descende hasta la superficie del valle; pero sus vuelos no son arrebatados, presentan una ascensión majestuosa, sin el furor de un torbellino, ni la caída rápida del rayo. Ved ahí lo que marca más la diferencia entre nuestros dos genios, Balmes y Cabanyes (1).

El *Genio*, sin embargo, es una excepción de esta regla, y en ella parece quiso expresar el autor en un raptó lírico la misma idea que desarrolló en su discurso sobre la *originalidad*, único que leyó en la Academia de Buenas Letras de esta ciudad, de que era individuo. Corta, rebosando en poesía y en entusiasmo, llena de pinceladas de fuego y de brillante concisión, bastaría ella sola para demostrar que Balmes podía y sabía ser poeta en toda la extensión de la palabra.

En el orden de estas poesías no hemos seguido otra regla que la importancia de las materias. Échase de ver que Balmes tenía disposición para más de un género. La sátira

(1) D. Manuel de Cabanyes, natural de Villanueva, que murió años pasados en la flor de su edad, habiendo publicado un tomito precioso de poesías que revelaban su gran talento y malogradas esperanzas.

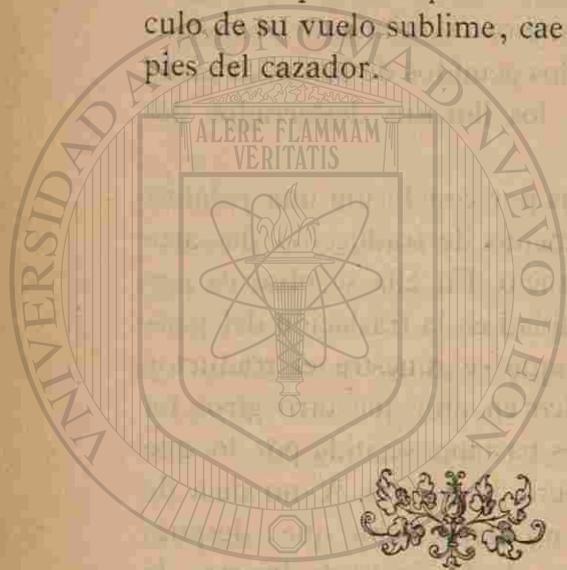
ra le era bastante familiar, y, no obstante las dificultades que se ofrecen para manejar un idioma que no es el propio, sabía llegar hasta el gracejo, como se ve en algunas composiciones de la parte primera. Siguen después las del género lírico, aquellas composiciones ligeras ó fugitivas que desenvuelven un pensamiento con gracia ó delicadeza, sin pompa, sin aparato, sin pretensión, como el aroma que despide una flor modesta y solitaria; y aquellas otras que, elevándose algún tanto sobre las primeras, respiran ya un sentimiento sublime ó una importancia filosófica. En unas y otras descubre Balmes su destreza en metrificar, aplicando desde el leve cuatrísilabo hasta el verso grave de arte mayor, en diferentes combinaciones. Nótase en él, como una de las primeras cualidades, y para muchos desapercibida, un conocimiento y buen manejo del idioma, fluidez algunas veces, pero siempre corrección y naturalidad. Sólo aparece algún tanto difícil é intrincado, cuando se liga con un metro encadenado, ó se interna con demasía en algún concepto metafísico. Pero esto no es frecuente, y por lo regular su marcha es abundante y majestuosa.

No es nuestro ánimo prevenir el juicio del lector, recorriendo una por una estas preciosas concepciones de su genio, que aparecen ahora como flores bellas para adornar su sepulcro. Aun cuando con ellas solas debiese tejerse la corona del inmortal autor del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, merecerían ser admiradas por la elevación de su vuelo y por la profundidad de doctrina que encierran. Aquel pensamiento inagotable, que tantas veces nos ha sorprendido en el círculo vasto de la ciencia y de la meditación, presentase con el brillante ropaje de la gala poética. En sus composiciones filosóficas reconócese aquella mano que sabe derramar unción santa sobre las llagas del alma; aquel tono fatídico que descubre la caducidad y la nada de las grandezas humanas; aquella dignidad patética y sublime que describe las grandes escenas de la naturaleza y de la sociedad; aquella ojeada histórica que se extiende por los siglos para sacar de ella alguna lección importante. Y así como en las fugitivas se perciben ciertos toques de candor, de sensibilidad y de ternura que parecen amoldados á los de nuestros León y Villegas, en las sagradas, y so-

bre todo en la traducción del salmo 103, verdadero himno que la creación entera parece elevar á su Autor al son del harpa del Rey Profeta, descuella la majestad religiosa, y aquel grandioso sentimiento de melancolía que en los gemidos de Jeremias tanto se aviene con los llorosos desterrados del Edén.

Permítasenos por conclusión una palabra sobre su fragmento de traducción del arte poética de Horacio. En ella se observa por lo común fidelidad en la traslación del pensamiento, aunque se muestre el traductor algo parafrástico en uno que otro giro. La versificación es bastante seguida por lo que permite el género del escrito. Y no deja de ser un mérito no despreciable que, después de las versiones de Espinel, de Iriarte, de Burgos y del señor Martínez de la Rosa, puedan leerse con gusto y novedad las mismas doctrinas del preceptista latino respetadas por todos los siglos, como leyes de buen saber y buen sentido literario. ¡Lástima que no concluyese su obra y no la comentase con aquella finura de observación con que era capaz de enriquecerla! En esta obra empezada nos ha dejado una imagen lúgubre de

lo que ha sido su vida sobre la tierra: cortada, por decirlo así, en el comienzo de su carrera, y hundida súbitamente en el no ser, como ave que al empezar á describir el círculo de su vuelo sublime, cae muerta á los pies del cazador.

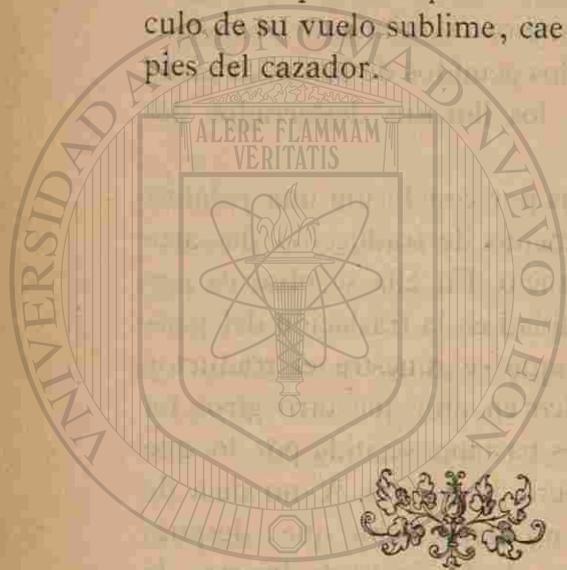


PARTE PRIMERA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que ha sido su vida sobre la tierra: cortada, por decirlo así, en el comienzo de su carrera, y hundida súbitamente en el no ser, como ave que al empezar á describir el círculo de su vuelo sublime, cae muerta á los pies del cazador.



PARTE PRIMERA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



APOLO MUSTIO

Del Parnaso en la alta cumbre
viera yo al divino Apolo
triste, pensativo y solo,
mostrando gran pesadumbre.

Estaba ya seca y mustia
su faz tan fresca y rosada,
que su cruel huella estampada
le dejara negra angustia.

Ni una ninfa en derredor,
ni un solo acento canoro,
ni sombra del sacro coro...
¡todo soledad y horror!

Con sus cristalinas linfas
los ríos bien serpeaban,
mas por ellos no bogaban
ni las náyades ni ninfas.

Ni tampoco el río estaba
con su verde cabellera
sentado á la cabecera
de la fuente que manaba.

Por monte y selva se oían
los silbidos de los vientos,
mas de ninfas á lamentos
en nada se parecían.

También pastores yo vi
por el monte y la llanura,
mas de ningún dios figura
en ellos no descubrí.

El sol por el horizonte
se remontaba lozano,
pero yo buscaba en vano
el carro de Faetonte.

Las olas bulliciosas
se agitaban con estruendo,
con furor acometiendo
navecillas pavorosas;

Mas nunca Neptuno padre
sacó su gentil cabeza
para domar su fiereza
cuando salían de madre.

Ora ya veo el motivo
(dije entonces para mí)
que el pobre Apolo esté así
tan triste y tan pensativo.

Es que ese mundo bendito
ha salido del encanto,
y el pobre perdió su canto
y vió su lauro marchito.

Y pasóse la ilusión
y el reino de su mentira,
desde que se oyó la lira
de natura y Religión.

Y del cantar del pagano
ha quedado sólo un *fué*,
que el canto del cristiano
es el canto de su fe.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

EL POBRE Y EL RICO

Hay quien diz que el más felice
es el pobre en este mundo,
y con razonar profundo
quiere probar lo que dice:
en tal idea no abundo.

De salón y de retrete
sentir las penas no es dable
al estado miserable
en que se encuentra el pobrete...
es una cosa indudable.

Mas que su infeliz estado
no dé mucho que sufrir,
y que es dichoso inferir
más que el rico y potentado...
es un tonto discurrir.

En todas las ocasiones
no dan siempre al poderoso
un placentero reposo
de pluma blandos colchones...
se dice á roso y velloso.

Yo pregunto si en la choza
por doquier con ancha raja
el pobre tendido en paja

es mucho lo que se goza,
cuando la helada le cuaja.

Que la gallina y pollito,
las perdices y el pichón
siempre el rico comilón
coma con mucho apetito...
no es tan necia mi intención.

¿Y al estómago de alguien
la berza medio podrida
y la carne consumida
puede asentarse muy bien
tan asquerosa comida?

¡Oh! que el rico sufre mucho
por lo que puede perder:
¿y no tener qué comer,
á no ser uno muy ducho,
es cosa de complacer?

¡Oh! y no siente pesadumbre,
como ya está acostumbrado...
también tendrá el potentado
de sus penas ya costumbre...
¡oh no, que es más delicado!

¿Sabe V. dónde está el cuento?
que del pobre nadie cura,
y aunque lance en amargura
el más sentido lamento,
eco no halla su tristura.

Mas si el rico algo padece,
todo el mundo ya le admira,
suena del poeta la lira,
y de su ¡ay! se compadece,
y con él gime y suspira.

A UN IMPORTUNO

QUE ME PEDÍA UNA LETRILLA

Vaya que es mucha humorada
y es pedirle maravilla
á mi cabeza cansada
exigirle una letrilla,
como quien no pide nada.

Y letrilla cabalmente
que, según dicen autores,
ha de salir tan corriente,
no cual nacido en dolores
de una fatigada mente.

Doce horas están ya dando
y apenas la lumbre viera,
que ya estaba calculando
cilindro, cono y esfera
y A por B multiplicando.

Déjame aquí descansado,
no vuelvas más á tu tema,
ó si no, verás mezclado
con versos el apotema,
alturas, sección y lado.

Y en vez de oír consonantes
muy sonoros y bonitos,
no verás sino cuadrantes
y polígonos inscritos
y puntos equidistantes.

AL MISMO ASUNTO

¡Una letrilla!
vaya que es cosa
bien molesta
versos hacer,
vena ó no vena,
buen ó mal grado,
ajeno enfado
por distraer.

¿Tengo yo acaso
sonoros versos,
lisos y tersos
como marfil,
como quien guarda
vino en bodega,
cual otro Vega
solo entre mil?

¿Es cosa fácil
maldita rima
que mete grima
al más audaz,
de los acentos
distribuido
bien entendido
grato compás?

Nada, no, pides;
 ¡ una letrilla!
 que es maravilla
 que salga bien;
 verso corriente,
 fácil idea
 quieres que sea
 cosa de amén.

Fácil idea,
 poco nos cuesta...
 réplica es ésta
 que yo no sé
 cuál la deshaces:
 calla y empieza,
 di con presteza,
 yo escribiré.

Es tan difícil
 eso de fácil,
 que hasta el más ágil
 en escribir
 tiembla á su vista,
 buscando en vano
 pesada mano
 no descubrir.

Al más mimado
 hijo de Apolo
 verásle solo
 cuando escribió
 versos que piensas
 que en fácil pluma
 cual leve espuma
 musa sopló.

Es que lo fácil
 no es que lo sea,
 que no se vea
 largo sudar:
 el poeta cuida
 su rudo anhelo
 con grato velo
 de disfrazar.

Siempre que leas
 cosa muy buena,
 juzga que pena
 larga costó:
 crear bellezas
 con gran soltura
 nuestra natura
 no concedió.

Sea felice,
 fácil la vena,
 siempre gran pena
 cuesta y afán:
 cuando vencido
 fué del demonio,
 tal patrimonio
 nos dejó Adán.

Blando y suave
 canto del ave,
 céfiro blando
 que murmurando
 mece el pensil:
 Ni la armonía

con que extasía
la sonora
cítara hermosa
de oro y marfil,

No place tanto
cual tierno canto
del triste poeta,
cuando le aprieta
su corazón

La cuita impía
que él no tenía
cuando contento
daba su acento
grata canción.

—
¿Versos me pides?
versos diré,
mas versos tales
que yo no sé
si tus oídos
halagarán...

ya que los quieres,
versos ya van.

Como granizo
que en el calor
lanza la nube
con gran furor;
cuando los rayos
brillar se ven
y agita el suelo
loco vaivén.

Ya que importuno
me eres á mí,
yo vengativo
seré con ti:
ya que la musa
quieres forzar,
yo sus rigores
te haré probar.

Al menos quiero
sepas lo que es
comer sin pena
de ajena mies;
y ya que en ella
metiste la hoz,
escucha cuentos
de áspera voz.

Es el del cuervo
que se vistió
con rica pluma
que no le dió
naturaleza
cuando al nacer
le dió negrura,
no rosicler.

Es de la rana
falsa hinchazón
cuando cansando
flaco pulmón
el aire inspira
por remedar
del corpulento
buey el ijar.

Es de la dama
tinta falaz
con que colora
la vieja faz,
malignos ojos
venla entre mil,
para sí dicen
«no eres de abril».

Es de un cobarde
villano ardid
que torpe espalda
volvió en la lid
y huyendo en sangre
armas tiñó
en un cadáver
que otro tendió.

De inmundo zángano
que el colmenar
ocioso habita
sin trabajar;
ricos panales
de dulce miel
otros componen,
cómelos él.

Es del pobre asno
la presunción
que pasar quiere
por un león;
la asnal oreja
vese salir,
lluvia de palos
ha de sufrir.

De papagayo
vano charlar
que nunca alcanza
claro hablar;
si voz pronuncia
clara tal vez,
luego el chirrido
dice quién es.

¿Tienes bastante?
Si quieres más,
dilo, que luego
versos tendrás.

Más bien que versos
vivas saetas,
lo que son poetas
luego sabrás.

EL POETA HINCHADO

I

No sé por qué dicen
 que basta ser poeta
 para morir de hambre
 en guardilla estrecha;
 mas yo no concibo
 sea cosa cierta,
 pues á buen seguro
 que en pomposa fiesta
 monarca ceñido
 de majestad regia,
 tanto oro no luce
 ni brillante piedra
 en manto de grana,
 ni rica diadema;
 ni el salón ornado
 con gala soberbia,
 con hermoso nácar,
 con alfombras bellas,
 con rica escultura,
 con dorada tela.

II

¡Pobrete! ¿no observas
 que tu duro trato
 no mueve las olas
 de su lento paso?
 ¿No ves que descubres
 con lenguaje raro,
 con extraños nombres,
 con vano aparato,
 cuánto á duras penas
 tus versos extraños
 con sogas y cables
 parecen trabados?
 Vaya, vaya, poeta,
 deja tan pesado
 oficio, y no quieras
 luchar contra el hado:
 en humilde prosa
 toscos garabatos
 escribe, que al menos
 estilo prosaico
 tantos vericuetos
 ni primores tantos
 exige, cual ése
 maldito de Horacio
 demanda á los poetas,
 que ni aun medianos
 diz que no los sufren
 ni dioses ni humanos.

Quebranta esa pluma,
 poeta desdichado,
 no quieras á fuerza
 de pena y trabajo
 la senda escabrosa
 trepar del Parnaso:
 ni quieras que Apolo
 descienda de lo alto,
 como quien lo tira
 á fuerza de brazos.
 ¿No ves que las musas
 miran con enfado,
 desdén y desprecio
 que á su mismo lado
 oses colocarte,
 como si llamado
 fueras por su coro
 á ceñir el lauro?
 ¿No ves que las flores,
 al tocar su tallo
 tu mano grosera,
 tu dedo pesado,
 pierden su belleza,
 y el cáliz cerrado
 conservando siempre
 que tu tosco vaho
 perciben de cerca,
 el aroma grato
 esparcir no quieren
 por jardín ni prado?
 ¿No ves que las aves
 te niegan su canto,

y mudas y esquivas
 con vuelo azorado
 huyen en sintiendo
 el son destemplado
 con que tú remedas
 sus trinos variados?

Si tal vez las iras
 del mar agitado
 por furia terrible
 de viento encontrado
 imitar el ruido
 te esfuerzas en vano;
 erres á montones
 y horrendo é insano
 le llamas, y á fuerza
 de apodos tamaños
 parece que intentas
 del piélago bravo
 irritar la bilis
 con lluvia de palos,
 como quien sacude
 las ancas de un asno
 que sólo obedece
 duro latigazo.

III

Con cuadros que cuestan
 por rara belleza
 millares de duros
 en ítala tierra,
 cual brilla la pluma
 dorada del poeta,
 eso me decía
 musa lisonjera
 soplando mi vida
 con aura ligera;
 mas yo que no fio
 de palabras huecas,
 que veo que el mundo
 bofetones pega
 á quien deslumbrado
 camina y á tientas,
 para mí decía:
 ó musa parlera,
 con solas palabras
 que el viento se lleva,
 por más que brillantes
 y pulidas sean,
 yo nunca me pago;
 por más que los poetas

el oro y diamantes
 siempre á manos llenas
 cual gruesos guijarros
 manejar parezcan,
 es oro de nubes,
 diamante de estrellas,
 es plata de luna,
 grana de florestas;
 y ya ves que el mundo
 con tales monedas
 no da pan ni vino
 ni albergue siquiera;
 mas no te figures
 que ora yo pretenda
 echarte de casa
 con esta respuesta:
 que fuera muy crudo
 despedirte á secas
 tú que mis enojos
 tantas veces templas:
 tú que tantos ratos
 en brazos me llevas
 por campos de esmalte,
 por lindas praderas,
 por cielos radiantes
 con soles y estrellas,
 do en coros sublimes
 que tú te conciertas
 del cielo estrellado
 la gloria me muestras;
 pero sí que quiero
 que sepas y entiendas

que con tus caricias,
 por más que halagüeñas,
 nunca me interrumpas
 adustas tareas;
 que según yo pienso
 no son las más tiernas
 las que más al hombre
 en vida aprovechan:
 yo puedo decirte
 que aquellas ciencias,
 que en el mundo pasan
 por damas muy secas,
 son las más fecundas,
 que más interesan
 por todos respectos
 al hombre en la tierra
 triste y condenado,
 si vivir desea,
 á regarla siempre
 con sudor y pena.
 Vete, pues, ahora,
 tranquilo me deja,
 yo sabré llamarte
 si quiero que vengas,
 que esto será cuando
 cansado me sienta
 de rudos trabajos
 y duras faenas;
 entonces la lira
 compone y apresta,
 tú darás el tono
 y entonces muy diestra

pulsando mi mano
 las líricas cuerdas,
 cantaremos ambos
 en plácida fiesta,
 no estando yo pobre
 ni tú descontenta.

UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL DIÁLOGO

A. ¿Cuándo se acaba la guerra?

G. Cuando el cielo se desplome
y haga pedazos la tierra.

A. Estás de muy mal humor.

G. Es que el demonio en persona
no lo llevara peor.

A. Vaya, vaya:
á mí me gusta la gente
un poquito más valiente.

G. De esa laya
hallarlos has á destajo
sólo tomando el trabajo
de abordar algún corrillo.

A. Pero mira qué ganamos
con devanarnos los sesos.

G. Tú siempre con tu estribillo,
y entre tanto nos matamos,
van siguiendo los excesos,
los robos y los incendios,
mientras maman estipendios
esa gente campanuda

por andar rondando el campo
como bestia muy sesuda.

A. Vamos que no estás de filis.

G. Hombre, sí; duerme y bosteza,
guarda tranquila tu bilis,
y al momento menos visto
á ver si tendrás pereza
cuando saltes liso y listo
la ventana.

A. Oh, buen Gil, no va tan presto.

G. Mira, no sea mañana;
yo á lo menos ni siquiera
en contra de eso no apuesto
ni el pellejo de una rana.

A. Vamos, vamos, echa á fuera
esos frívolos temores;
si las cosas no van buenas,
tampoco no van peores.

G. Puede ser,
será mi modo de ver:
mas al fin
unos con bulla y motín,
otros con senda cachaza,
todos nos dejan pelados
y rotos y magullados,
cual agua el papel de estraza.

A. Si no creas
que eso tú solo lo veas.

G. Toma.

A. ¿Si será alguna *carcoma*?

G. *Carcoma* no lo sospecho.

A. Pues ¿qué piensas?

G. Yo diré;
 que á veces quien más figura
 es un burro hecho y derecho.
 Á veces andan un trecho
 en ufana compostura,
 mientras no viene premura;
 pero en viendo
 que las cosas van urgiendo,
 veráslos desatentados
 sin saber á dó volverse,
 proyectos desbaratados
 que es cosa digna de verse:
 es decir,
 á veces es de gemir,
 que si mal yo no concibo,
 en ese tiempo que vivo
 andan muy raros los hombres:
 todo son farsas y nombres,
 todo pompas y boatos,
 mentirosos aparatos:
 á los más
 á pesar de su disfraz
 por debajo del sombrero
 se les nota del carnero
 la guedeja,
 bajo piel de un león fiero
 despunta la asnal oreja.



EPITAFIOS

1.º

Aquí yace un valentón
 que los mataba á destajo...
 ¡chito! que si se levanta,
 nos parte á los dos de un tajo.

2.º

No llores sobre mi tumba
 si no quieres que me ría,
 que quien ha sido llorón
 de las lágrimas no fía.

3.º

¡Quién suspira por ahí!
 cuidado en pisar la losa,
 que yace enterrada aquí
 una dama melindrosa.

G. Yo diré;
 que á veces quien más figura
 es un burro hecho y derecho.
 Á veces andan un trecho
 en ufana compostura,
 mientras no viene premura;
 pero en viendo
 que las cosas van urgiendo,
 veráslos desatentados
 sin saber á dó volverse,
 proyectos desbaratados
 que es cosa digna de verse:
 es decir,
 á veces es de gemir,
 que si mal yo no concibo,
 en ese tiempo que vivo
 andan muy raros los hombres:
 todo son farsas y nombres,
 todo pompas y boatos,
 mentirosos aparatos:
 á los más
 á pesar de su disfraz
 por debajo del sombrero
 se les nota del carnero
 la guedeja,
 bajo piel de un león fiero
 despunta la asnal oreja.



EPITAFIOS

1.º

Aquí yace un valentón
 que los mataba á destajo...
 ¡chito! que si se levanta,
 nos parte á los dos de un tajo.

2.º

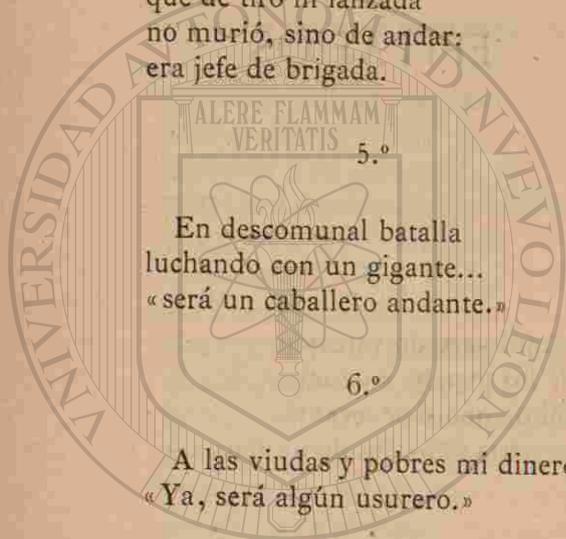
No llores sobre mi tumba
 si no quieres que me ría,
 que quien ha sido llorón
 de las lágrimas no fía.

3.º

¡Quién suspira por ahí!
 cuidado en pisar la losa,
 que yace enterrada aquí
 una dama melindrosa.

4.º

Aquí yace un militar
que de tiro ni lanzada
no murió, sino de andar;
era jefe de brigada.



5.º
En descomunal batalla
luchando con un gigante...
«será un caballero andante.»

6.º
A las viudas y pobres mi dinero...
«Ya, será algún usurero.»

7.º

¿Qué blasón, cuántas armas, cuánto alarde!...
«Y era un tonto y un cobarde.»

8.º

Quitad á este usurero,
no fuera caso después
que de su caja y cadáver
nos pidiera el interés.

9.º

Aquí un rico mercader,
hombre de muy justo trato,
compraba al más alto precio
y vendía al más barato.

10.º

Yace un recto magistrado
en esta urna funeraria:
es rica... Diz que era dado
á la pena pecuniaria.

11.º

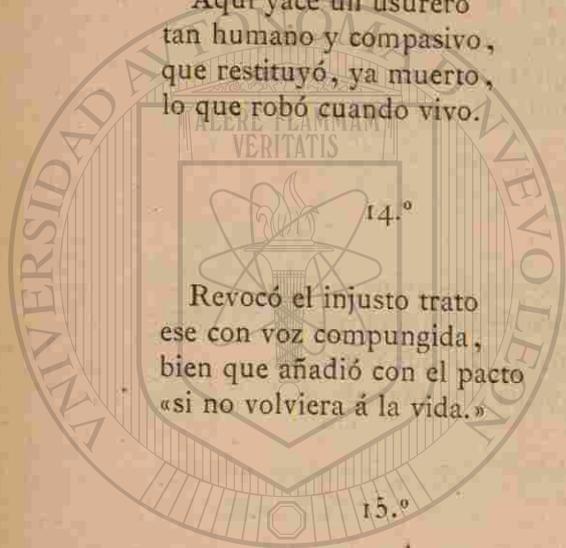
Aquí yace un guarda-costas
tan vigilante y entero,
que su ropa, caja y clavos
son de país extranjero.

12.º

¿ Un pobrecito ahorcado?...
« Dicen que robó á un señor! »
Y ese nicho tan dorado?
« Ese robó por mayor. »

13.º

Aquí yace un usurero
tan humano y compasivo,
que restituyó, ya muerto,
lo que robó cuando vivo.



Revocó el injusto trato
ese con voz compungida,
bien que añadió con el pacto
«si no volviera á la vida.»

Es tanto lo que querían
á ese augusto Soberano,
que los pueblos llorarían
si no muriera temprano.

16.º

¡Cuánto va escrito! ¡y son versos!
¿quién los habrá aquí grabado?
«Algún poeta enamorado.»

17.º

¿De un apoplético insulto?
¿y atacado en Nochebuena?
«Si guardaras el ayuno,
no te matara la cena.»

18.º

Una suegra y una nuera
enterraron aquí juntas...
«No habría tanto silencio
si no estuvieran difuntas.»

19.º

¿Y ése sin caja? ¡qué horror!...
ya conozco el esqueleto,
quiso meterse á escritor
y llevó chasco completo.

20.º

Yace aquí un doctor muy sabio
que jamás desplegó el labio.

21.º

Yace aquí un poeta novel
que en tan pesada faena
perdió la pluma y papel
y murió de pura pena.

22.º

¿Otro? también era poeta,
y tal, que murió de afán,
sin ganar una peseta
ni siquiera para pan.

23.º

¿Y quién es aquel tan alto?
Es uno que fué ministro;
suerte que aquí no se sepa
que él es autor del *registro*.

24.º

Y aquel pájaro ¿quién es?
También tuvo un ministerio:
á ver si querrá mandar
hasta aquí en el cementerio.

25.º

Yace en la edad más florida
y en silencio muy profundo
uno que salud y vida
quiso dar á todo el mundo.

26.º

Aquí yace un redactor
que murió de pura pena...
sería que el suscriptor
le pidió página llena.

27.º

¿Y ese otro de qué murió?
«Yo me tuve que morir
por no saber qué decir.»

28.º

Porque en sola una merienda
me comí un gordo cabrito,
no faltan ya malas lenguas
que dicen morí de ahito.

29.º

¿Este será algún grande hombre?
 ¡Ola! y es grande de España...
 «es que su tatarabuelo
 dicen que hizo gran hazaña.»

30.º

Aquí yace un escritor
 de poco fruto y gran rama...
 «¡hombre! sería el mejor
 para extender un programa.»



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ORACIÓN DE UN CLÁSICO

AL PIE DE HELICÓN.

Un clásico pedía con fervor
 De las musas al bello y dulce coro
 Que á su lira y su voz temple sonoro
 Concedieran, y al pecho sacro ardor.
 Y hete ahí que un alegre rui señor
 Que del orar del poeta á la sazón
 Reposaba en un árbol de Helicón
 Cantando las delicias de su amor:
 «Vate, dijo, vas mal encaminado,
 Que por aquí no vive ya tal gente,
 Y este monte tiempo ha que es despoblado
 Y ni canto ni lira en él se siente;
 Que si algún son oíste delicado,
 Era yo que trinaba dulcemente.»



EPIGRAMA

Pedro clama contra el rico
y desprecia la riqueza:
si no fuera por pobreza
no chillara así su pico.

SATURNO

Que á sus hijos se comiera
Saturno, bárbaro padre,
Cibeles, cual buena madre,
con mucho dolor sufriera;
y cuando la infeliz viera
que á Jove se iba á engullir,
una piedra de Abadir
le dice ella que ha parido,
y el comilón del marido
se la traga sin reír.

Nota. *Abadir*: la piedra que Ops, mujer de Saturno, envolvió con lienzos para darla en lugar de Júpiter recién nacido á su marido, el cual se comía á todos sus hijos varones por el temor de que con el tiempo lo echasen del reino.

EPIGRAMA

« Versos quiero componer,
más que Apolo lo resista,
y he de seguirle la pista
hasta cumplir mi querer. »

Esto me decía ayer
un vate sin voz ni vena...
« Sí, dije yo, dura pena
te encajaste en la mollera,
no tanto penar te diera
de un presidio la cadena. »

UN SONETO IMPOSIBLE

Tú, Camilo, me pides un soneto,
 Y me pones con eso en tal apuro,
 Que ni sé cómo empiece, y te aseguro
 Que no quiero ponerme en ese aprieto.
 No, no: yo en tal hondura no me meto,
 Pues, aunque un cuarteto compusiera,
 Es cierto que del otro no saliera,
 Y cumplir lo imposible no prometo.
 Y si acaso lograra con gran pena
 Uno y otro cuarteto ver formado,
 Ya el tercero me diera más faena.
 Que eso me es imposible te he probado;
 Mas, si á ello tu gusto me condena,
 Tómale: ya lo tienes acabado.

LA FÁBULA Y LA VERDAD

(FLORIÁN)

TRADUCCIÓN

Desnuda la Verdad
 salió un día del pozo,
 ajados por los años
 sus formas y su rostro;
 huían de su vista
 los viejos y los mozos;
 confusa, sin asilo
 y sin hallar apoyo
 la pobrecita estaba
 en un terrible ahogo.

Mas hete aquí que llega
 con ademán donoso
 la Fábula adornada
 con un traje muy mono,
 ricas plumas, diamantes,
 que, si bien falsos todos,
 con engañoso brillo
 deslumbraban los ojos.

La Fábula, admirada
 de ver aquel bochorno,
 á la pobre Verdad

le dijo de este modo :
¿ qué hacéis aquí, señora,
en tamaño abandono ?—

Aquí me estoy helando,
en vano asilo imploro
de cuantos pasajeros
descubro en el contorno ;
de mujer pobre y vieja
esquivos huyen todos. —

Mirad, más vieja soy
sin padecer sonrojo,
y por doquier me aplauden,
me festejan con gozo ;
mas vos así desnuda
es estimaros poco.
Si queréis, yo os ofrezco
compartir mis adornos,
de modo tal, que á entrambas
nos sea provechoso.

En casa de los sabios
me serviréis de abono,
y yo os daré la entrada
en casa de los tontos ;
siguiendo á cada cual
su gusto ó sus antojos,
vos con pláticas graves,
yo con cuentos jocosos,
la gracia nos ganamos
de sabios y de locos.

TRADUCCIÓN

Guárdate bien de imitar
al versista adocenado
que de sus versos hinchado
te los viene á recitar

Y te los hace escuchar
por dondequiera que te halle,
y con versos por la calle
persigue al que ve pasar.

(Boileau.)

UNA QUEJA DE ATLANTE

(Juvenal, sát. 13.)

TRADUCCIÓN LIBRE

En tiempo más remoto y apartado
Tanta turba de dioses no existía,
Y no estando el Olimpo tan poblado
Mis hombros tanto peso no oprimía.

009358

TRADUCCIONES VARIAS

DEL PASAJE DE JUVENAL:

O sanctas gentes, quibus hæc nascuntur in hortis

Númina!

¡Qué santidad tan rara y peregrina
Es la de aquel país afortunado
En que turba de Númenes divina
Nacer entre sus huertos se ha dignado!

OTRA EN TONO FAMILIAR

Santidad de santidades
es ésa de que en las huertas
nazcan y crezcan deidades
para llenar las espuertas.

OTRA EN EL MISMO TONO

Los dioses van á destajo,
que hasta lo son las cebollas,
el nabo, la berza y ajo
y cuanto hierve en las ollas.

OTRA EN EL MISMO TONO

¡Vaya una cosa inaudita!
¡Qué santas las gentes estas!
¡Y qué tierra tan bendita
que brota dioses á cestas!

EL AJEDREZ

TRADUCCIÓN

Das un paso con destreza,
 y mi plan más bien trazado
 se ve ya desbaratado
 por la marcha de tu pieza:
 adelantas con fiereza,
 derribas mis torreones,
 destrozas mis campeones,
 y en tal derrota me hallo,
 que reina, torre y caballo
 valen menos que peones.

INSCRIPCIÓN

COMPUESTA POR MR. WATELET

*Consacrer dans l'obscurité
 Ses loisirs à l'étude, à l'amitié sa vie:
 Voilà les jours dignes d'envie;
 Être chéri, vaut mieux qu'être vanté.*

TRADUCCIÓN

La vida consagrada á la amistad
 Y en secreto al estudio dedicado
 El ocio: es la mayor felicidad;
 Que es mejor ser querido que alabado.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRADUCCIÓN DE UN FRAGMENTO

DE LA
CARTA DE HORACIO A LOS PISONES

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
O SEA, EL ARTE POÉTICA

Si en cerviz de caballo humana testa
Prolongar á un pintor se le antojare,
Y uniendo extraños miembros los vistiera
De varia pluma tal, que en pez horrible
El monstruo terminare, que en faz bella
De mujer comenzó; decidme, amigos,
¿ Al contemplar tal cuadro dable os fuera
La risa contener? Igual, Pisones,
Será el libro que imágenes ofrezca
Absurdas, cual de enfermo los delirios,
Sin que concierto ni unidad se vean.
¿ Por él de amplia licencia no gozaron
Siempre vate y pintor? ¿ y quién lo niega?
De buen grado la otorgo y la demando,
Mas no que en blando lazo mansa bestia
Con fiera cruel se hermane, y de ave y sierpe,
Cordero y tigre, amores se consientan.
Grave es tal vez, magnífica la entrada;
¿ Mas á qué bosque sacro se nos muestra,

De Diana el ara, presuroso arroyo
Que en torno gira de campiña amena,
Ora el Rhin caudaloso, ora del Iris
El esmalte bellísimo, á manera
De retazos de púrpura zurcidos,
Que un necio lujo con afán ostenta?
¿ Y era aquéste el lugar? ¿ tal vez retratas
Bellamente un ciprés? mas, ¿ no te acuerdas
Que quien te paga quiere que le pintes
Náufrago sin aliento, entre ondas fieras?
¿ Y si un vaso magnífico empezóse,
Por qué vil jarro da la loca rueda?
Sencillez y unidad nunca descuides,
Que esta regla jamás sufre dispensa.
Al vate, empero, oh padre y dignos hijos,
Mucho engaña de acierto la apariencia.
¿ Se esmera en brevedad? raya en obscuro:
¿ En pulidez? desmábase y se enerva.
Hinchazón amenaza al muy sublime,
Se arrastra si por miedo no se eleva;
Si rica variedad prodiga vano,
En la onda al jabalí y entre las selvas
Retratará al delfín: así el incauto
Huyendo de un escollo en peor tropiezo.
Ese mal escultor, que cerca mora
Del lugar donde Emilio esgrima enseña,
Las uñas y el cabello delicados
En bronce muy al vivo representa;
Sin embargo, sus obras nadie estima,
Porque el todo á formar jamás acierta;
Ojo hermoso, cabellos agraciados
Y espantosa nariz deforme y fea

Más quisiera ostentar, que el que mis obras
 Á sus obras discordes se parezcan.
 Escritores, tratad en vuestras obras
 Objetos al alcance de las fuerzas;
 Largo tiempo, probad de vuestros hombros
 Medir la robustez; facundia bella,
 Buen orden, lucidez, siempre se hermanan
 Si la mente al objeto señorea.

Toma el orden su mérito y encanto
 De atinada cordura que aconseja
 Ora aquesto decir, ora callarlo
 Hasta lugar más apto, muy discreta
 Guiando al vate, que con gusto escoja
 Y cumpla cuerdamente su promesa.

Gran pulso, fino esmero, de las voces
 El orden y el lugar piden al poeta:
 Prez merece, si alcanza á voz usada
 Con enlace sagaz volverla nueva.
 El vate, nuevas cosas cuando exijan
 Formar voces que antiguos nunca oyeran,
 Disfrute del permiso con mesura,
 Con ligera inflexión de fuente griega
 Dimanen, y verá cual se acreditan
 Ya mañana las voces que hoy inventa.
 ¿Lo que á Plauto y Cecilio otorgó Roma
 Cómo á Vario ó Virgilio se deniega?
 Y ya que Ennio y Catón el habla patria
 Aumentaron formando voces nuevas,
 ¿Por qué á mí, si me adquiero un caudal corto,
 Emplearlo con ceño se me veda?
 Fué y será siempre lícito crear nombres,
 Mientras sello corriente nos ofrezcan.

Gira el tiempo, y las selvas van mudando
 Sus hojas; así mueren y se secan
 Las palabras antiguas, mientras flores
 Y juvenil vigor otras ostentan.
 Si al hombre más potente y á sus obras
 Más grandes muerte aguarda, ora en la tierra
 Anchos puertos abriendo al mar dé entrada
 Guareciendo á las flotas de tormentas;
 Ora estéril laguna navegable
 En campos fertilísimos convierta;
 Ó al río que las mieses devastaba
 Nuevo cauce le dé, y el curso tuerza;
 Todo perecerá; ¿sólo las voces
 De su estima y su lúcida belleza
 Nada podrán perder? Caerán sin duda
 Las ahora estimadas; y las muertas
 Revivirán, si así pluguiere al *uso*,
 Que es árbitro del habla, y juez, y regla.

Para insignes hazañas, guerras tristes
 El metro mostró Homero: acomodado
 En verso desigual cantó el lamento,
 É imitóle de amor el gozo blando;
 Mas quién breve elegíaco inventara
 De eruditos es pleito aun no fallado;
 De su yambo armó á Arquíloco el despecho,
 Y el zueco y el coturno fué adoptado
 Cual para acción y diálogo muy propio
 Y para el ruido teatral muy apto.
 Dioses, héroes, atletas vencedores,
 Alazán que en carrera ha triunfado,
 De Venus y de Baco los placeres
 Dióle Euterpe á la lira el celebrarlos.

Y si forma y colores yo mezclara
 Con torpe necedad, ¿seré tan vano
 Que poeta me llame todavía,
 Prefiriendo ignorar á ser guiado?

Verso heroico mal sienta en la comedia,
 Ni la cena de Thyestes sufre el llano
 Casi propio del zueco; cada objeto
 En su propio lugar esté asentado.

Mas tal vez alza el cómico su acento,
 Y airado clama Chremes, y al pacato
 Tono el trágico baja; que en sonora
 O hinchada voz no gimen desterrados
 Y miserables Télefo y Peleo
 Por mover á ternura en su quebranto.

Ni les basta á los poemas la belleza.
 Dulces sean también y que á su grado
 Señoree los ánimos el vate:

Ríe con los que ríen, muy humano
 Llora con los que lloran, y si quieres
 Llore, primero vea yo tu llanto.
 Entonces sí que, oh Télefo, oh Peleo,
 Sentiráse mi pecho lastimado,

Que, si mal tu papel representares,
 Te espera ó sueño ó risa. Á rostro airado
 Sienta horrible amenaza, lloro al triste,
 Chiste al festivo, al grave hablar sensato:
 Nos da natura para todo evento
 El efecto más propio, ora inspirando
 Júbilo, ora á la cólera impeliendo;
 Ora en angustias tristes y postrados
 Nos tiene, y luego la expresión nativa
 Cual intérprete fiel la pasa al labio.

Noble y plebeyo pagarán con risa
 Al que hablare discorde de su estado;
 Nunca puede en lenguaje parecerse
 Ni Davo á un héroe, ni al maduro anciano
 Joven fogoso, ni á señora ilustre
 Su nodriza solícita, ni á aldeano
 El traficante, ni al asirio el colco,
 Vivaz argivo á estúpido tebano:
 Concuerde ó con su fama, ó con sí propio,
 Si es que inventas de nuevo su retrato.
 Fiero, activo, iracundo, inexorable,
 Sin más ley ni derecho que su brazo,
 Muestra en la escena á Aquiles; si es Medea,
 Implacable, feroz; si es Ino, en llanto:
 Pinta traidor á Ixión, errante á Io,
 Y á Orestes por las furias agitado.

Si ensayando en la escena asunto nuevo
 Persona osas fingir, hasta el fin sea
 Tal como comenzó, la misma siempre.
 Más vale que en las tablas nos ofrezcas
 De la Iliada un cuadro, que no asuntos
 Intactos todavía; que hacer propio
 Un asunto común es muy difícil.
 Harás propio lo público, si evitas
 El ceñirte á vulgar y vil relato:
 Y si imitas, palabra por palabra
 No vuelvas, cual intérprete en estrecho
 Carril te constriñendo, de do no oses
 Mover pie, temeroso que no peques
 Contra la ley que tu obra haya prescrito.



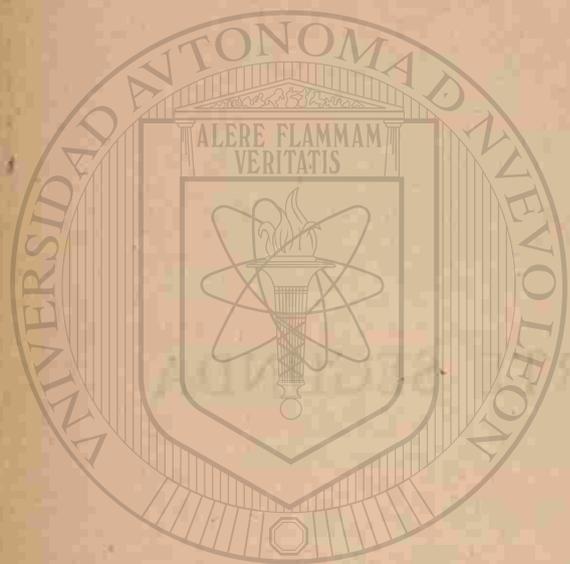
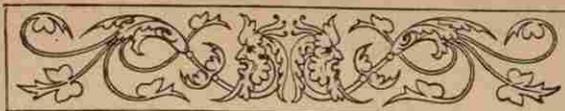
PARTE SEGUNDA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL AMANECER

UANL

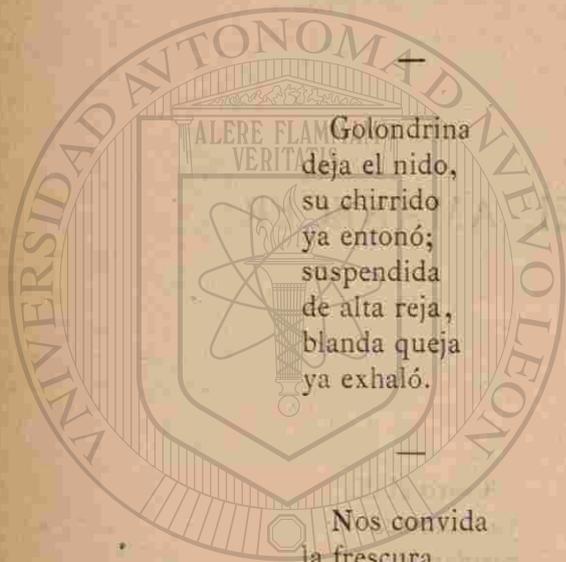
Claro el día
ya amanece,
resplandece
bello el sol;
de luz clara
cielos tiñe,
nubes tiñe
de arbol.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dulce canto,
vario trino
peregrino
se hace oír;

sacudamos
con presteza
la pereza
del dormir.



Golondrina
deja el nido,
su chirrido
ya entonó;
suspendida
de alta reja,
blanda queja
ya exhaló.

Nos convida
la frescura
de aura pura,
que el olor
grato esparce,
que en el prado
le ha prestado
linda flor.

Bala tierno
ya el cordero,
da el carnero

ronca voz ;
lanza el toro
su mugido,
su aullido
can feroz.

Pasta yerba
fresca y pura
en llanura
mansa grey ;
cruje el yugo
del arado,
muy pesado
tira el buey.

Ya comienzan
avecillas
en cuadrillas
á trinar,
y en el bosque
sus amores
los pastores
á cantar.

Ronca sordo
golpe crudo

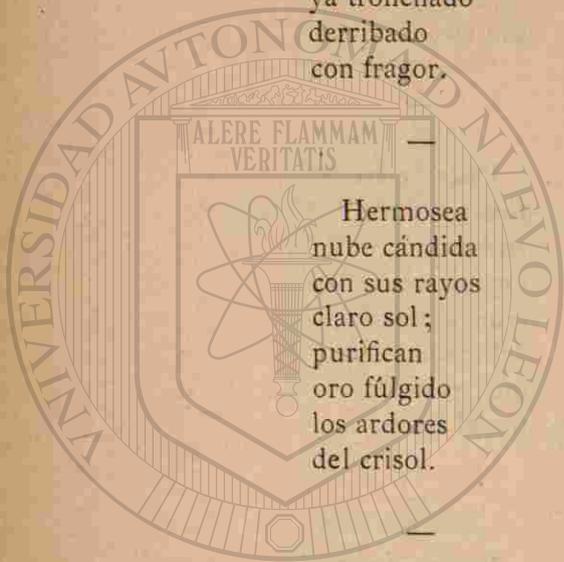
que da rudo
leñador;
y del árbol
ya tronchado
derribado
con fragor.

Hermosea
nube cándida
con sus rayos
claro sol;
purifican
oro fúlgido
los ardores
del crisol.

Bate ronco,
bravo y férvido
viento rudo
la ancha mar;
hondos truenos
suenan hórridos,
vuelve el eco
su bramar.

Ya revuelve
viento rápido
denso polvo
con furor;
negra mira
nube túrgida
tembloroso
labrador.

.....



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNA MAÑANA

DE PRIMAVERA

¡Qué bello es el despertar
del abril en la mañana
al sonido de campana
que comienza ya á llamar
á la misa más temprana:

Y escuchar la golondrina,
que, saludando á la aurora,
gorjeando silba y trina,
mientras sol naciente dora
su pluma tan bella y fina:

Y ver el sol que matiza
de la ciudad los cristales,
y el aura que se desliza
entre los bellos rosales
y sus hojas mece y riza:

Ver la risueña campiña
salpicada de rocío,
y ver el ave donosa
que en las arenas se posa
de la corriente del río!

Mientras tanto el labrador
pasa con buey ayuntado,

arrastrando ya el arado
para ganar con sudor
de negro pan un bocado.

Ya la afanosa aldeana
atravesando el sendero
marcha á la villa cercana
para que aquella mañana
salga su fruto el primero.

Natura que ya retoña
contempla el pastor atento,
y pasado algún momento
el eco de la zampoña
lleva en sus alas el viento.

Y la yerba va comiendo
el ganado quieto y manso
y el pastor va precediendo,
da un momento de descanso,
y otra vez va prosiguiendo.

Ya se escucha en la ciudad
el ruido del martillo,
y vese con claridad
salir de la obscuridad
las banderas del castillo;

Y el crujido de las puertas
que se abren de par en par,
y el sol se comienza á alzar,
y empiezan á murmurar
las calles antes desiertas.

EL RUISEÑOR

Apacible ruiseñor,
 hechizo de la pradera,
 que con trino tan meloso
 saludas la primavera;

Mientras el céfiro blando
 lleva en sus alas donosas
 el perfume de jazmines
 y el aroma de las rosas;

Mientras el arroyo claro
 con murmullo se desata
 y serpea caprichoso

con sus raudales de plata;
 Con el lustre de su arena,
 cual pece que se desliza
 con el brillo de oro puro
 que sus alitas matiza;

Tú, escondido en la espesura
 que quiebra del sol el rayo,
 que te resguarda del viento
 y de la lluvia de mayo,

En el hueco de una copa
 en verde y frondosa rama

reposando un ruiseñor
 dulces trinos exhalara.

Su soltura y desenfado
 y su manera galana
 á gran trecho del contorno
 el oído embelesaba.

Tal vez silba de repente,
 tal vez un momento para,
 y otra vez el aire llena
 con voz sonora y gallarda.

Después ahueca sus tonos
 y pía con voz pausada,
 y otra vez como un torrente
 caprichoso se desata.

¿Oís? parece un suspiro
 de un pecho abrasado en llama,
 que sus acerbos penares
 con dulce gemido calma.

¡Qué capricho! ora gorjea,
 ora remeda algazara
 del estallar ruidoso
 de la alegre carcajada.

Avecilla misteriosa
 que dentro el ramaje cantas,
 no sé si cantas tu dicha
 ó si tus penas amargas.

Mas, ó bien seas felice,
 ó bien seas desdichada,
 te lo ruego: del jardín
 por largo tiempo no salgas.

No temas, no tocaré
 ese verdor do te paras,

esa sombría espesura
que conozco que te agrada.

Y si tienes allí el nido
do hijuelos tiernos regalas,
aunque escuche yo sus píos
si á tu tierna prole halagas,

No te recates, ni esquivo
receles de mi mirada,
que sería yo bien fiero
y bien ingrato pagara

El embeleso indecible
que me das por la mañana,
cuando tus trinos entonas
antes de rayar el alba.

LA FLOR EN EL VALLE

Linda flor, que ufana creces
á la margen de ese río,
y que en soledad te meces
con el aura del estío,

Dime quién te puso aquí,
quién lanzó aquí tu semilla,
que sola te encuentre ahí
de esas aguas á la orilla:

Verde tallo, la hoja bella
de delicados colores,
y en tu cáliz una estrella
como reina de las flores.

¡Qué hermosa por la mañana
cuando del aura al murmullo
ostentas tu faz ufana
desplegando tu capullo!

En los brazos de aire blando
que te mece con dulzura
tu cabeza reclinando
acrecientas tu hermosura.

Él te da frescor templado,
tú le das aroma suave,

y él más ligero que el ave
de su pliegue perfumado

Por la pradera derrama
el aroma de tu aliento,
mientras suspira en la rama
con languidísimo acento.

Le plugo á naturaleza
el darte quien te resguarde,
que no pierdas tu belleza
con el calor de la tarde.

Cuando el sol te ha regalado,
te cubre la fresca sombra,
y tu pie está rodeado
de un tapiz de verde alfombra.

De ti la abeja afanosa
chupa jugo de ambrosía,
y en ti juega todo el día
la pintada mariposa.

El reptil, que se desliza
serpenteando en la grama
y la pradera matiza
con el brillo de su escama,

No te daña con su huella,
que, cuando se acerca y mira
y te ve tan tierna y bella,
con largo rodeo gira.

Bella flor, hermoso adorno
de esas orillas amenas,
otra flor no hay en contorno,
mas tú su vacío llenas.

Que me places más á mí
en el valle retirada,

que no si te viera aquí
en bello jardín plantada.

Y es más bella la natura
con atavío sencillo,
que la afectada hermosura
ceñida de falso brillo.

Si te llegare á tocar
con sus dedos el humano,
en vez de te hermosear
te agostaría su mano.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

EL ARROYUELO

Cual fluye ese arroyuelo,
 así pasa la vida
 feliz quien, olvidado
 de pompa fementida,
 sintiere que sus horas
 se deslizan tranquilas,
 cual corre mansamente
 la clara fuentecilla;
 y el alma candorosa
 sin pliegue de malicia
 en limpio y bello seno
 retratará su dicha,
 que ese lindo arroyuelo
 bien muestra la arenilla,
 el oro y bellas perlas
 que en su seno se abrigan.



LA FUENTE EN EL DESIERTO

Hija amable del desierto,
 encanto de la pradera,
 que entre la flor y la yerba
 te deslizas tan ligera:
 Que esmaltas con ricas perlas
 de tus hermosos cristales
 esa arena por do corres
 entre espesos matorrales:

Que con plácido murmullo
 á luengo trecho extendido
 das aliento al pasajero
 á quien la sed ha rendido:

Dime, ¿quién te dió tan puras
 las aguas de tu corriente?
 ¿quién hizo que aquí brotases
 en ese erial tan ardiente?

¿Quién te dió que en las arenas
 de soledad abrasada
 formases con tu frescura
 esa alfombra regalada?

Que en ese desierto inmenso
¡ay! mal hado fuera el mío,
si tus aguas se secaran
con el ardor del estío.

Con la boca ardiente y seca,
sin aliento ya en el pecho,
agobiado de cansancio,
la posada á largo trecho...

Mas ahora de tus aguas
con la agradable frescura
templada mi sed ardiente
entre plácida verdura,

Refociladas mis fuerzas
para seguir mi camino,
me siento ya con aliento
de llegar á mi destino.

¡Fuentecita! no sin pena
me despido de tu orilla,
y de tus verdes tapices,
y de esa arena que brilla:

Queda en paz, que aquí tal vez
Dios de bondad te crió
para conservar la vida
á otro sediento cual yo.

UNA ESCENA DE EDÉN

Las yerbas y flores
tapizan el suelo,
las aguas reflejan
azulado cielo.

Arroyos serpean
todo en derredor
y esparcen en torno
ligero rumor.

El árbol levanta
su copa lozana,
con flores y frutas
hermosa y ufana.

Süave airecillo
las halaga y mece,
les imprime un beso
y desaparece.

De las ramas cuelga
gracioso el nido,
cual cesto de mimbres
de hermoso tejido.

El ave afanosa ,
cantando su amor,
le cubre y ablanda
con hojas de flor.

Sobre la blanda yerba reclinada ,
en las aguas de fuente cristalina
de Adán la compañera afortunada
miraba su belleza peregrina.

El apestado aliento del infierno
aún no deshiciera
la hermosura y la vida que el Eterno
en su rostro imprimiera.

Sus ojos respiran
amor y ternura ,
sus labios destilan
candor y dulzura.

La nieve y la rosa
su tez hermosean ,
dorados cabellos
ligeros ondean ,

Y á veces jugando
cúbrenla un instante ,
y después más bella
descubre el semblante.

El temor, los deseos turbulentos ,
la envidia, los dolores y los males ,
que hasta nuestros placeres y contentos
nos cambian en angustias funerales ,

En tan afortunada criatura
asiento no encontraban ,
y el asilo de cándida inocencia
humildes respetaban.

Plácida y complaciente la natura
halaga , sí, un cuidado cariñoso ,
nada le ofrece que dañarle pueda
ni su calma turbar y su reposo ;

Mas el reptil infame ,
que con mágica maña nos hechiza ,
blandamente la lame
mientras por su regazo se desliza.

Tal vez al ruido
de rama agitada
vuelve de repente
su faz sonrosada ;
y es Adán que coge
manzana sabrosa
para regalarla
á su tierna esposa.

Al verle le llama
la fruta pidiendo ,
y Adán afanoso
se la dá riendo ;

y al tocar sus labios
la fruta exquisita,
tierna lo agradece
con blanda risita.



EL VUELO

Era una hermosa mañana,
el sol doraba ya el techo,
y dejando el nido estrecho
el ave echaba á volar;
y mientras se remontara
por el aire en raudo vuelo,
aliviaba yo mi anhelo
con sólo la contemplar.

¡Avecilla! tú dichosa
con tus alas peregrinas
el aire surcas y trinas
con dulzura sin igual;
y yo gimo aquí en la tierra
agobiado de penares,
y con sombríos pensamientos
acreciento más mi mal.

LA PALOMA

Blanca paloma, que vuelas
y que tan airosa subes
á lucir tu bella pluma
en el seno de las nubes:

¡Ay! dejaste sin sospecha
tus pichoncitos piando,
y piensas tornarte luego
y acallarlos arrullando:

Mira ¿no ves el azor
volar rastrero y mañoso
para hundir su fiera garra
en tu pecho candoroso?

¿No escuchas, con su chirrido
cómo te avisan las aves,
y tú en vuelo distraído
dando vas giros süaves?

¡Ay de ti! llega el azor
más leve que la saeta,
y con negra y cruda garra
tu pecho rasga y aprieta:

Va cayendo á gruesos copos
tu plumaje como nieve,
y él dando crudo alarido
se pierde de vista en breve.

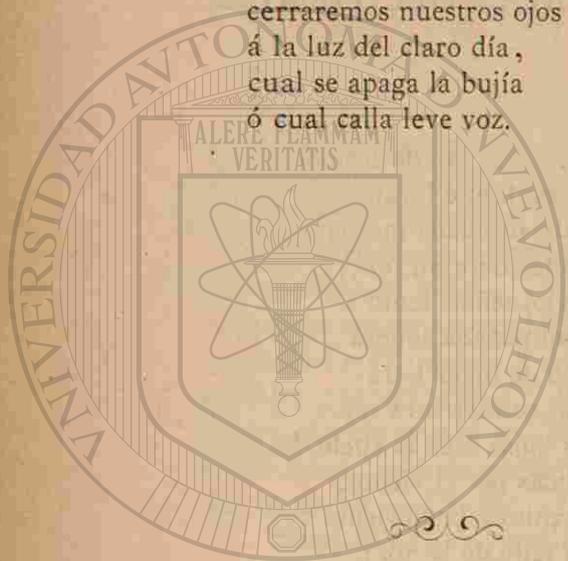
LAS ALAS DEL TIEMPO

Las horas van deslizando
sobre mi frente lozana
dejando su huella insana
marcada sobre mi tez;
y el reloj señala lento
con campanada sonora
el paso de fugaz hora
que no verá ya otra vez.

Las hojas caen al suelo
sacudidas por el viento,
y marchito y polvoriento
veo el tallo de la flor;
¡ay! pena da contemplarlos,
así pasa nuestra vida,
era ayer planta florida,
después la seca el calor.

Al menos esos arbustos,
que hoy despoja de hermosura
la oleada fiera y cruda
del helado vendaval,
cobran en la primavera
lo que les robó el otoño,
y con vistoso retoño
les torna belleza igual.

¡ Mas nosotros! ¡ miserables!
 el día que llegue triste
 fantasma que luto viste
 y que empuña fatal hoz,
 cerraremos nuestros ojos
 á la luz del claro día,
 cual se apaga la bujía
 ó cual calla leve voz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA NOCHE EN BARCINO

¡ Qué dulzor y blandura
 es á mi pecho, en noche silenciosa,
 contemplar la llanura
 de la mar espaciosa
 y escuchar en la playa cuál murmura;

La luna plateada
 cruzando lentamente el firmamento,
 serena, despejada,
 y de estrellas sin cuento
 con majestad seguida y rodeada!

Y en el confín postrero
 blanqueando la vela de la nave,
 y canta el marinero,
 y la brisa suave
 lleva hasta mí su acento plañidero.

Y sin señal de vida,
 cual niño que reposa en blando seno,
 Barcino está dormida,
 y percibo ¡ sereno!
 por voz á largos trechos repetida.

No venga, no, la aurora;
 que el día más hermoso y refulgente

no me diera una hora
tan plácida, cual siente
mi alma anegada en el placer de agora.

Y del penar del día
los recuerdos aun vagan por el alma ;
blanda melancolía
las pesadumbres calma
de un pecho que rehusa la alegría.

Que ni un solo latido
no diera él de esperanza ni consuelo
con mundanal ruido :
y acreciendo mi duelo
me sintiera más triste y dolorido.

Pesado compañero
no alivia el corazón, ¡querida lira !
á ti sola te quiero,
y escuchar cuál suspira
tu cuerda con acento lastimero.

EL CASTILLO

En sitio muy sombrío,
en retirado albergo
levántase un castillo
en medio de un desierto.

Una encumbrada torre
se divisa de lejos
y sus bronces despiden
tal vez algún reflejo.

En torno al edificio
sus huellas dejó el tiempo,
que ya el color presenta
cual hoja de árbol seco.

Rodea sus almenas
el más hondo silencio,
que sólo le interrumpen
los silbidos del viento.

En él mora encerrado
un noble caballero,
que no hallara en la tierra
á su dolor consuelo.

La noche el mundo envuelve
en tenebroso velo,

mas no lleva el alivio
á su afligido pecho.

Á sus cansados ojos
el apacible sueño
ni tan sólo un instante
les otorgara el cielo.

Mil veces se revuelve
por el mullido lecho,
que su alma despedazan
despecho, amor y celos.

Y reina en los salones
el más hondo silencio,
y las lámparas arden
con sepulcrales fuegos.

Y despiden apenas
resplandor tremulento
que vaga por la cumbre
de artesonado techo.

Sus sombras ondulantes
cubren el pavimento,
cual si por él vagaran
fantásticos espectros.

El paladín suspira
tal vez de trecho en trecho,
y sus ayes repiten
pavorosos los ecos,

Y revuelve en su mente
mil sombríos recuerdos,
si del viento en el silbo
percibe un son funesto;

Y si ferrada puerta
se cierra con estruendo,

atronando el castillo
con bramido siniestro,

Se levanta al instante,
llamando al escudero
que el caballo y las armas
aprestara muy luego.

Ruido percibióse
que anuncia lance fiero,
presagio en esta noche
de algún terrible encuentro.

De pesada armadura
su cuerpo está cubierto,
y lleva en la cabeza
capacete de fierro.

El estribo le tiene
Gonzalo con respeto,
y monta el paladín
con aire el más ligero;

Y resuenan sus armas
y su arreo de acero,
y sus ojos fulguran
con vivo centelleo.

Con su brillo contrasta
su semblante moreno,
cual á veces los rayos
vibran por cielo negro.



EL RÍO DESBORDADO

Rompe diques el río caudaloso,
Cuanto encuentra arrebatada en su corriente,
Las columnas quebranta de alto puente
Con mugido bravío y resonante.

Salta el cauce, dilátase espumante,
Tala mieses, arrasa las praderas:
Labradores pasmados
Quedan yertos al pie de sus arados.

En vano con mil voces lastimeras
Ven y lloran sus campos anegados;
Sigue el río el destrozo con braveza,
Su esperanza arrastrando y su riqueza.

¡Qué fuera de frondosos arbolados!
¡Qué fuera de riquísimas campiñas,
Del olivo, de mieses y de viñas!
¡Qué fuera de las vegas tan amenas!

Del ganado, las aves y colmenas,
Que inundaban de plácida esperanza
Al labrador cansado,
¡Infelice! de nada ha aprovechado.

Tanto afán y sudor en la labranza
¡Todo fué en un momento destrozado!
Sólo quedan montones de zarzales,
Hondas cavas, pedriscos y arenales.

.....

FRAGMENTO DE UNA ODA

CONSAGRADA AL PARECER

Á LA AFLICCIÓN Y Á LOS RECUERDOS

Vuelve á mí, lira mía,
consuelo de los míseros mortales;
blanda melancolía
me inspira para alivio de mis males.

Que cual rápido viento
pasaron los instantes de mis dichas,
y el gozo y el contento
me robaron crüeles mis desdichas.

Y cual la espuma leve
que rizando las olas de la mar
desaparece en breve,
tal fuera mi placer y mi gozar.

Y recuerdos sombríos
¡infeliz! me quedaron solamente,
cual leves desvaríos
se agitan y revuelven por mi mente.

Y de cercana muerte
la imagen espantosa no me aterra,
que en tan adversa suerte
consuelo no hallaré sobre la tierra.

.....

EL HUÉRFANO

A merced del crudo invierno,
á la orilla del camino,
estaba solo y sentado
un infeliz huerfanito.

La noche pasó al sereno
y tiritando de frío,
que sus carnes cubre apenas
el andrajoso vestido.

Van pasando caminantes
que le miran con desvío,
y algún mendrugo de pan
pide en vano el pobrecito.

Lloroso se lo demanda
por amor de Jesucristo,
por el amor de la Virgen
y por su parto bendito;

Y viendo que no le escuchan
los pechos endurecidos,
comienza á cantar su pena
con acento muy sentido:

Por Dios y la Virgen
habed ¡ay! piedad

de tal desamparo
en tan tierna edad.

Al nacer yo al mundo
mi madre murió,
su beso amoroso
mi faz no sintió.

Por Dios etc.

De pecho comprado
la leche chupé,
y en tiernos arrullos
jamás la probé.

Por Dios etc.

El seco mendrugo,
que acaso cogí,
con boca sangrienta
por hambre comí.

Por Dios etc.

La nieve en invierno,
del frío el rigor,
después me atormenta
del sol el ardor.

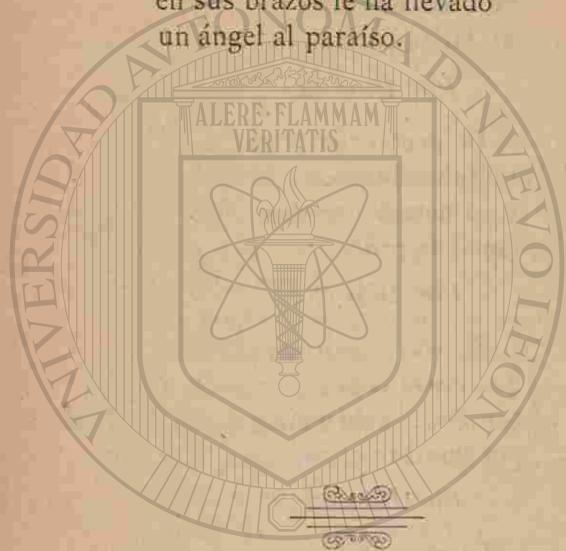
Por Dios etc.

En llegando á decir esto
desfallece el huerfanito,
apenas tiene ya aliento
para dar algún suspiro.

Amortiguados sus ojos
han perdido ya su brillo,

cual si implorara socorro
aun extiende su bracito.

Ya que bárbaros los hombres
socorrerle no han querido,
en sus brazos le ha llevado
un ángel al paraíso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SUEÑO DEL POETA

Dormido en placidísima dulzura,
La cabeza inclinada blandamente
Cual delicada flor,
Imita la bellísima postura
Del niño que reposa mansamente
En regazo de amor.

El pensar en su frente aún oscila,
Y sus labios derraman con murmullo
Versos que dijo ayer;
Como en flor, que reposa muy tranquila
Replegada en las hojas del capullo,
Asoma el rosicler.

Cual del arpa las cuerdas resonantes
Retiemblan con finísimo zumbido
En pos del alto son;
Y sus ecos revuelan ondulantes
Divagando con lánguido sonido
Por alzado artesón.

Sueña que ve descender
en lluvia de luz y plata,
que en cristales se desata
de matizado color,

un ángel de formas bellas
un celeste mensajero,
con diadema de estrellas
del más puro resplandor.

La cabellera tendida
sobre los hombros flotante,
do el riquísimo diamante
va engarzado con desdén;
y las rosas de la aurora
matizan su tez lozana,
y el fuego de la mañana
vibra rayos en su sien.

Sus bellas formas encubre
franja hermosa y peregrina
blanca, azul y purpurina,
ropaje de serafín;
y sus alas desplegadas
con armónico zumbido
lucen bello colorido
de oro, nácar y carmín.

Y con una caña de oro,
que lleva en manos hermosas
contorneadas y donosas
como labor de marfil,
toca del poeta los labios
y sopla sobre su frente
con el oloroso ambiente
exhalado de un pensil.

Entonces córrese el velo
que encubría la hermosura
de magnífica natura
que viera antes con frialdad,

y el cielo se desenvuelve
cual pabellón azulado
de pedrería sembrado
con sublime majestad.

El silencio de la noche,
como el bullicio del día,
todo marcha en armonía
y en concierto divinal;
oye el poeta enajenado
son que armónico divaga
y de placer embriaga
al infelice mortal.

Entonces raptos sublimes
en su pecho siente el poeta,
y escucha una voz secreta
que le convida á cantar;
y él derrama de sus labios
mil acentos de armonía,
un raudal de melodía
siente en su pecho brotar.

De mil flores matizado
el más lozano ramaje
no alcanza de su lenguaje
la hermosura y variedad;
ni en esplendor y riqueza
del potentado de oriente
el manto resplandeciente
con lujosa majestad.

En la rica fantasía
se suceden los matices
como elegantes tapices
de bella decoración;

cual solía un caballero
en un castillo encantado
encontrar endoselado
algún brillante salón.

Y en torno revolotean
leves grupos que se agitan,
corazones que palpitan
contando al poeta su mal;
y el poeta su mal escucha
y aligera su tormento
contestando con acento
de una voz angelical.

En el desierto lejano
de la cascada el ruido
es un mágico bramido,
mensaje de tempestad;
y el murmullo del arroyo,
el leve soplo del viento
es el sentido lamento
de virgen en soledad.

La verdura de los prados,
el aroma de las flores,
sus elegantes colores
y su tierna languidez,
todo respira á sus ojos,
todo tiene aliento y vida,
si ve flor descolorida
le duele su palidez.

Del polvo de viejos siglos
evoca mil personajes
con los magníficos trajes
con que el fausto los ornó;

y agrupados en contorno
van refiriendo su historia,
recordando á la memoria
cosas que el mundo olvidó.

¡ Ay del poeta ! si se obstina
en proseguir en su canto
cuando pasado el encanto
desparece la visión ;
cual se arrastra por el suelo
cubierto con polvo vano
con fatiga el vil gusano ,
así será su canción.

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



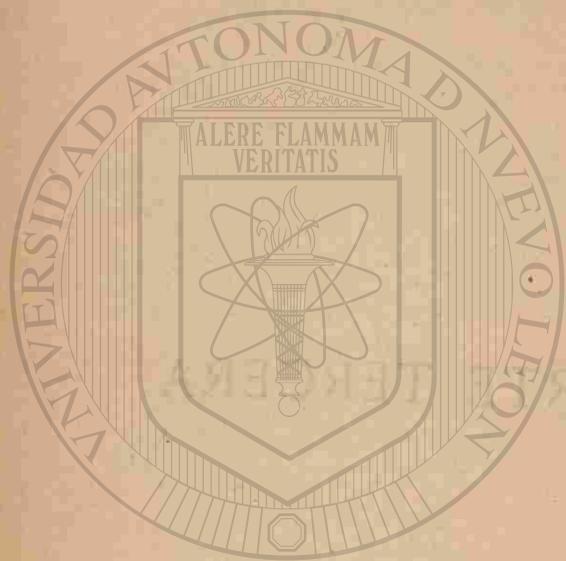


UANL
PARTE TERCERA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL GENIO

Lozana, vigorosa y atrevida
Alza el vuelo la reina del desierto,
Y, á sus plantas el orbe descubierta,
Contempla con desdén

La peña de los siglos respetada,
De cien ríos tortuosos la corriente,
Y la mar que amenaza al continente
Con fragoso vaivén.

¡Qué dichoso, á quien dieran los destinos
De alto cielo en la hondura de su arcano
El destello sublime y soberano
De genio creador!

En su mente rebulle un pensamiento,
Y lo ve, lo contempla, y se extasía,
Y cual fragua le da su fantasía
Su luz y su calor.

¡Vedle allá! con los ojos arrobados
 Cuál traza la carrera del planeta,
 Ó sigue los caminos del cometa
 Allá en la inmensidad,

Atinando las leyes que á su giro
 Del Eterno la mano señalara
 Cuando el linde á los mares prefijara
 Con alta majestad.

Sentado sobre escombros y ruínas
 De un gran pueblo veréisle que medita,
 Y cual mago que sombras resucita
 El secreto alcanzó

De su grande pujanza y su caída;
 Mira en torno cien pueblos que florecen,
 Y otros pueblos que nacen y que crecen,
 Y su fin ya previó.

Tal vez habla, y los hombres se sonríen,
 Y en su mente revuelve más profundo
 Un pensar que le ofrece un nuevo mundo,
 Sólo demanda un sí.

¡Admiradle! ¿dó marcha, quién le guía?

En su frente fulgura la esperanza,
 Á los mares intrépido se lanza
 Y dice ¡vedle allí!

Á su vista desfilan las naciones
 Y parecen las bravas oleadas
 Por el cierzo cual montes levantadas
 Y luego ya no están,

Ó montañas de arena movediza
 Que levanta y disipa en un instante
 Con mugido bravío y resonante
 El terrible huracán.

Si mirando tal vez la turba ciega,
 Y entre tantas locuras que divisa
 En alguna se fija su sonrisa,
 Golpe mortal le hirió;

Que el tiempo con su mano roedora
 De Cervantes el bello desenfado
 Y el saber con gracejo sazonado
 Nunca jamás borró.

¡Mezquino! tú que pides quién le guía,
 Que demandas dó fuera su enseñanza,
 ¿No conoces el brío y la pujanza
 Del sublime pensar?

¿No sientes en sus giros atrevidos
 Que la senda trillada ya desdeña,
 Cual águila ya posa en alta peña
 Cuando empieza á volar?

Una mano secreta le conduce
 Y le lleva á que cumpla un gran destino,
 Que en sus sienes con sello peregrino
 Grabara el Hacedor;

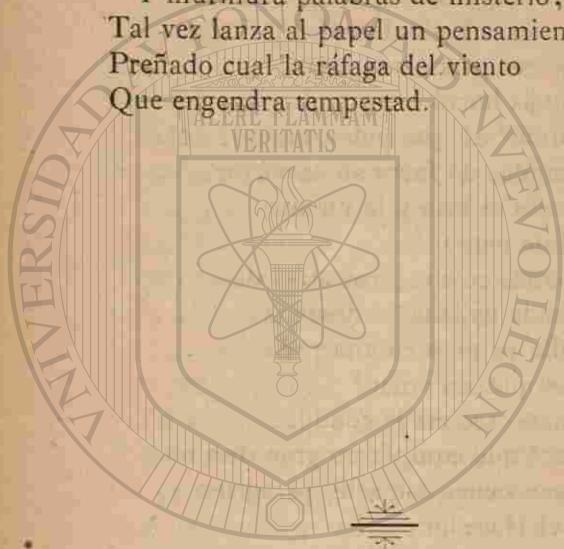
Que no en vano le diera aquellos rayos
 Que ciñen como auréola su frente
 Mostrando la grandeza de su mente
 Con celeste fulgor.

Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece
 Su fulgor y amenaza mal agüero,
 Como suele en la noche algún lucero
 Siniestro relumbrar;

Su tamaño, su luz y rara forma
 Arrebata la vista, mas la mente
 Que el estrago horroroso ya presiente
 No cesa de temblar.

¡Vedle allá! reclinada sobre el pecho
 La cabeza, los ojos inflamados,
 Torva frente, los labios abrasados,
 Medita en soledad...

Y murmura palabras de misterio,
 Tal vez lanza al papel un pensamiento,
 Preñado cual la ráfaga del viento
 Que engendra tempestad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VIDA

¿Qué es la vida del humano?
 ¿Hay alguien que lo comprenda,
 hay algún hombre que entienda
 lo que llamamos *vivir*?
 En sus gustos, en sus penas,
 en sueños de desvarío,
 ¿hay quién no sienta un vacío,
 un misterio en su existir?

Hoy alegres y volubles
 como leve mariposa
 que ora salpica la rosa,
 después para en un clavel,
 un mundo con cien matices,
 cestillos de hermosas flores,
 guirnaldas de mil colores,
 copas de leche y de miel:

Y mañana nada existe...
 como pasa en un torrente
 una flor que la corriente
 arrancó de su raíz;
 como brilla en claro arroyo
 la plata y oro del pece,
 y luego desaparece
 con vivísimo deslíz.

Dora apenas leve bozo
la tez blanca y colorada,
y la cabeza dorada
se comienza á ennegrecer;
ya no se mece en el labio
el candor de la sonrisa,
que semeja leve brisa
en hermoso amanecer.

Recordamos condolidos
las delicias de la infancia,
cual delicada fragancia
de un perfume que pasó;
ó el marino que se aleja
ve pintada banderola,
que torreón alto tremola
en la ciudad do nació.

Es á mis ojos la vida
vapor de endeble candela,
fuego leve que revuela
en torno de un ataúd;
es aromático aliento
de la flor que abre su seno,
que seca con su veneno
soplo abrasador del sud.

Vuelan en torno del hombre
mil pintadas mariposas,
lucen sus alas donosas
hermosura sin igual;
las coge el hombre, cual niño
cierra afanoso la mano,
y al abrir de polvo vano
encuentra inmunda señal.

¿Qué se presenta en la tierra
sino montones de abrojos,
despedazados despojos
que á la orilla arroja el mar;
sino un reptil que deslumbra
con su matiz fermentido,
y que endulza su silbido
para mejor hechizar?

No veo más en el mundo
que un inmenso mar de arena,
un vacío que se llena
con follaje fermentido;
el gemido
no cesa de noche y día,
la alegría
no baña jamás el pecho,
sombrió del hombre el techo,
si con galas la natura
convida al hombre á que ría,
aun aumenta su amargura.

¿Qué importan los placeres de la vida,
el perfume fragante del aroma,
si opresor y pesado se desploma
un recuerdo que ahoga el corazón;
si la imagen, que halaga nuestro pecho,
un frío desengaño quiebra y pisa,
y con burla y sardónica sonrisa
deshoja la ilusión!

La mente obscura, el corazón vacío,
solitario cual flor en el desierto
combatida tal vez por cierzo yerto

y luego por el austro abrasador ;
 frío el mundo, floresta sin olores,
 bella estatua de rosas coronada,
 sin aliento, sin fuego en la mirada,
 sin consuelo al dolor !

Flotando el alma como leve sombra,
 ora sintiendo un hálito divino,
 en pos la fetidez, polvo mezquino...
 ¡recuerdo triste! ¡obscuro el porvenir!
 el llanto congelado en la mejilla,
 negro pensar vagando por la mente,
 cárdeno el labio, nebulosa frente,
 cansancio de gemir !

Y volved la vista en torno,
 y pedidle al mundo impío
 que aligere vuestro hastío
 y que calme vuestro mal :
 embriágate (responde)
 con algún néctar sabroso,
 cuando busques el reposo
 aquí tienes el puñal.

¡ Cruda respuesta, que acibara al alma
 agriando su penar y su tormento !
 ¡ delirar embriagado de contento !
 ¡ ó morir con estólida frialdad !
 ¡ Inmenso Dios ! ¿ qué puede ser la vida
 para quien la esperanza no fulgura,
 para quien no divise la ventura
 allá en la eternidad ?

Es el hombre un hondo arcano
 que aparece aquí en la tierra,
 frágil máquina que encierra
 una centella eternal:
 lanza un acerbo quejido,
 llanto es su primer acento
 mezclado con el lamento
 del padecer maternal.

¡ Veis ! y llora inconsolable,
 no le acallan en su llanto
 ni las caricias, ni el canto,
 blando arrullo del amor ;
 ¡ triste destino del hombre
 el nacer con amargura,
 el vivir en desventura,
 y morir en el dolor !

¡ Y pasar como una sombra
 sin dejar aquí su huella,
 como pasa la centella
 que en el aire se inflamó ;
 vapor leve que despide
 fugaz y vivo reflejo,
 vana imagen que el espejo
 un momento retrató !

Él solo en el universo
 ansioso de su destino,
 extraviado peregrino
 que pregunta ¿ dónde está ?
 coge acaso en el desierto
 el fruto de la palmera,
 y prosigue su carrera
 sin saber dó parará.

Y triste y pesaroso,
 absorta el alma en hondo pensamiento,
 me faltaba el aliento:
 y anhelando un instante de reposo,
 revolví sediento
 las hojas de un escrito misterioso,
 do vía descifrado
 el arcano del hombre y su destino,
 y de un sello divino
 el sagrado carácter estampado;
 de fuego peregrino
 el pecho me sentía penetrado,
 que en sosegada calma
 consuela al corazón, alumbra al alma.
 ¡Porvenir! ¡porvenir! y alzando el vuelo
 mi mente remontábase hacia el cielo;
 y olvidando ese barro que la encierra
 miraba pesaroso
 ese pequeño grano
 que aquí llamamos tierra,
 y al hombre cual gusano
 que por ella se arrastra fatigoso;
 y al reparar que olvida
 que, fugaz como leve pensamiento,
 pasará en un momento
 el durar de su vida:
 su loca vanidad, su orgullo necio
 contemplaba con lástima y desprecio.

VANIDAD

DE LAS

GRANDEZAS HUMANAS

¡Cuántas veces ¡ay!, Fabio! ¡cuántas veces
 Yo solo, pensativo, apesarado
 Busco en vanos proyectos y delirios
 Un consuelo á mi pecho acibarado!
 Negra tristeza, cual opaca sombra,
 Todo á mi débil ojo lo obscurece;
 Tedio crúel devora mis entrañas,
 Cuanto miro marchita y envilece.
 Al menos si á mi lado te tuviera,
 Mis llantos en tu seno derramara,
 Y la mano piadosa de un amigo
 Mis lágrimas amargas enjugara.
 Amigo, di, si comprenderlo puedes,
 ¿Qué es el hombre, ese ser desventurado?
 Dime, ¿qué es ese caos asombroso,
 Confusión de sublime y de menguado?
 Vimos la luz en medio de quejidos,
 Nuestra cuna meciera cruel dolor,
 Sin que acallar pudiera nuestro llanto
 De una madre el cariño y tierno amor.

Plácida con los brutos animales
 Los halaga y recrea la natura
 Cual cariñosa madre; sólo al hombre
 Trata con sobreceño y mano dura.

Pasaron nuestros juegos infantiles
 Cual de una chispa rápido destello,
 Y la edad de ilusiones anunciando
 Nuestros rostros doraba leve vello.

¡Ay dolor! ¡qué ilusión! ¡cuánto delirio!
 ¡Qué turbación agita nuestro seno!
 ¡Cuánta copa dorada que nos brinda
 Con mortal y pestífero veneno!

Y al lado del placer y del encanto
 Truena la voz terrible de Dios mismo:
 «Aquí está la dulzura y los placeres,
 Más allá los dolores y el abismo.»

¡Gran Dios! ¿y por qué en lucha tan acerba
 Permitisteis que el hombre se empeñara,
 Que una mano secreta lo impeliese
 Y otra mano tremenda lo aterrara?

¡Ay amigo! ¿te acuerdas de una tarde
 De invierno, en la que andábamos inciertos,
 Solos, cruzando sin sendero fijo
 Los secos prados y los campos yertos?

Y de nubes sombríos torreones
 Por el cielo sin orden esparcidos
 Iban vagando, y el silencio apenas
 Perturbaban del viento los silbidos.

Y otra vez se fijaba nuestra vista
 En el orgullo y sed desmesurada
 Del hombre por honores y riquezas,
 En su apego al vil polvo y á la nada.

Tal vez sintiera inspiración divina,
 Y alzando de repente osado vuelo,
 Mirábamos el giro de los astros
 Y la vasta extensión de inmenso cielo.

¿Qué es del hombre la frágil existencia?
 Nos decíamos, ¿qué es su orgullo necio
 Y hasta el poder de pueblos y naciones?
 Mirando con desdén y con desprecio

Todo pasó; y en vano yo buscara
 Un hombre que conmigo dividiera
 Mis penas... tal vez pérfido, inhumano
 De mis males y duelos se riera.

¡Qué mal conoce al hombre quien apoya
 En otro hombre su dicha y esperanza!
 Sólo el que nos hiciera de la nada
 Puede darnos la paz y la bonanza.

VANIDAD

DE LA
CIENCIA HUMANA

En la sien altanera del humano,
Que su grandor revela y su destino,
Un destello celeste y peregrino
Fulgura sin cesar;
Llama hermosa del cielo desprendida
Que ciñe como auréola su frente
Y pinta la grandeza de su mente
Con fuego en su mirar.

Inquieto si le mecen en la cuna,
Ó si juega en los brazos del cariño,
Con ojos afanosos sigue el niño
Cuanto de nuevo ve;
Y poned en sus frágiles manitas
Juguete de resorte, cuando gira
Aquel secreto, estático ya admira,
Y pregunta ¿por qué?

Que seréis semejantes á los dioses,
Dijo el reptil infame al primer hombre,
Encubriendo la muerte con el nombre
De saber mal y bien;

Y halagado con grata perspectiva
De un saber más sublime y encumbrado,
Con vergüenza se mira desterrado
De la dicha de Edén.

Mas así no se borra de su pecho
Esa ardiente vivísima centella,
Corre en pos afanoso de su huella
Si lejano la ve;
Sin cesar la persigue con anhelo,
En pos de ella frenético suspira,
No teme riesgos arrostrar, ni mira
Dónde posa su pie.

Vedle al pie de pirámides gigantes
Que contemplan la marcha de los siglos,
Que parecen altísimos vestiglos
Que el infierno abortó;
Y él se acerca y pregunta curioso,
Y circuye su base dilatada,
Y pregunta á la piedra inanimada
¿Quién allí las alzó?

De Tebaida pregunta á los desiertos,
A torres, obeliscos y ruinas,
Y á los trozos de esfinges peregrinas,
Y á las grutas de Osiut,
Y á la roca elevada y solitaria
Que columbra de un monte en la cadena,
Que á su pie mira un piélago de arena
En el país del sud.

¿Qué le importa dejar su patria cara
Y arrojarse al furor del mar bravío,
Y en los leños endebles de navío
Su vida abandonar!

¡ Qué le importa, con tal que allí sospeche
Que al través de peligros y de azares
Rara concha á la orilla de los mares
Tal vez podrá encontrar !

Ni le asustan de bárbaros salvajes
Las sangrientas orgías, los horrores,
Ni del vasto desierto los ardores
En inmenso arenal ;
Ni el bramar de los brutos más feroces
Que recorren la alzada cordillera,
Si observar entre el riesgo quizá espera
Oculto mineral.

¡ Qué vale tanto afán ! ¡ tanto delirio !
Al desplegar un cuadro la natura
Con pomposa riqueza y hermosura
Dice el hombre ¡ lo vi !
Y se acerca y levanta el ancho velo
Creyendo descubrir un nuevo mundo,
Y un abismo más ancho y más profundo
Halla asombrado allí.

Y al divisar ya fúlgida, brillante
Que le halaga una auréola de gloria,
Se agolpan en tropel á su memoria
Otros más sabios que él,
Y sus escritos que polilla cubre,
Que yacen en repuestos olvidados,
Y siente sus delirios amargados
Con la gota de hiel.

¡ Ni qué valen los rayos de la gloria
Revueltos entre gratas esperanzas,
Qué valen lisonjeras alabanzas
Cuando el hombre murió !

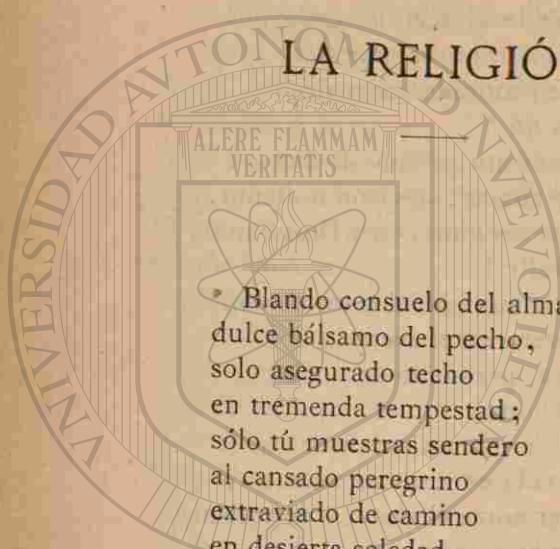
Está el cadáver yerto en el sepulcro,
Cual sombrío trofeo de la muerte,
Y al inmenso destino de otra suerte
El alma ya llegó.

¿ Y creéis que le plazcan los encomios
Que tributan los míseros mortales,
Cuando viva en moradas eternas
Él dichoso sin fin !

¡ Cuando viva en un piélago de dicha
Donde no hay ansias, desazón ni llanto,
Cuando entona las glorias del Dios Santo
En coro el serafin !

Ni que calme sus hórridos tormentos
Si réprobo cayera en el averno,
Ni que llegue al profundo del infierno
La gloria y el honor
Que el mortal le tributa con lisonja...
¡ Ah ! si en la vida es vano su consuelo,
¡ Qué ha de ser entre el llanto y desconsuelo
De morada de horror !

LA RELIGIÓN



Blando consuelo del alma,
dulce bálsamo del pecho,
solo asegurado techo
en tremenda tempestad;
sólo tú muestras sendero
al cansado peregrino
extraviado de camino
en desierta soledad.

¡Ay del hombre que no espera
en esta tierra de abrojos,
que no levanta sus ojos
á la celeste mansión;
que no verá el infelice
más que un piélagos de arena,
que interminable cadena
de penar y desazón!

Tú meciste ya mi cuna,
tú me tomaste en tus brazos
y con blandísimos lazos
fijaste mi porvenir;

yo no sabía quién eras,
y con el santo bautismo
me librabas del abismo
en la aurora del vivir.

Y una cruz misteriosa
en la frente me imprimiste,
amorosa sonreiste,
yo me sonreí también;
invocabas á Dios trino
y me unguías con aroma,
y la celeste paloma
descendió sobre mi sien.

En los juegos de la infancia
con tiernísima blandura
al Autor de la natura
me enseñabas á adorar;
y de tus labios manaba
sublime sabiduría,
y yo no te comprendía
y tornaba á preguntar.

En la aurora de la vida
ya me hablabas de la muerte,
y también la eterna suerte
que el Eterno preparó;
con caracteres de fuego
la imagen de este gran día
se fijó en mi fantasía,
y nunca más se borró.

¡Qué me importa que de acíbar
derrames amarga gota
cuando dentro el alma brota
un pensamiento fugaz;

y que en medio de la dicha ,
con que el mundo nos convida ,
una palabra temida
digas con serena faz !

Que los placeres de muerte ,
con que el mundo se embriaga ,
presentes cual copa aciaga
de veneno y frenesí ;
¿ dices tú más por ventura
de lo que él mismo no niega ,
cuando de locura ciega
por momentos vuelve en sí ?

Esa frente tan serena ,
esa mejilla lozana ,
de rosas de la mañana
esa matizada tez ,
con los años roedores
dejará de ser tan bella ,
marcada con negra huella
de la caduca vejez.

De flotante cabellera ,
que sombrea desdeñosa
la tez de nieve y de rosa
y ese cuello de marfil ,
un día en la sepultura
de la cabeza ahuecada
sobre testa blanqueada
quedará raro perfil.

¿ Y quién sabe si está lejos
ese día de tristura
en que abierta sepultura
no se nos venga á tragar ?

¿ Quién sabe si en el sepulcro
yacerás quizá mañana ,
como la rosa temprana
que el cierzo vino á secar ?

¿ Quién sabe si ya mañana
esos ojos hoy altivos
causarán miedo á los vivos
con fría inmovilidad ?
¿ Si vendrá el sepulturero
á quitarnos la mortaja
para hundirnos en la caja
con estúpida frialdad ?

La candela funeral
velará junto á nosotros ,
nos vendrán á ver los otros
estremecidos de horror ;
y de noche en las tinieblas
nos velará temeroso
un hombre silencioso
bañado en frío sudor.

¿ Qué será entonces del alma ,
de ese ser que ahora piensa ,
y que por región inmensa
divaga con rapidez ,
cuando ese trozo de barro ,
de polvo vano y miseria
á la terrenal materia
haya tornado otra vez ?

¿ Á un porvenir infinito ,
que en nuestra mente no cabe ,
con un helado ¿ quién sabe ?
nos osaremos lanzar ?

¿Y con la duda terrible,
que al oído impío zumba,
bajaremos á la tumba
sin de nosotros curar?

¿Y si pasado un momento
que hayas cerrado tus ojos
te encuentres ya de hinojos
ante un Dios de majestad,
cuando te pidiere cuenta
con un semblante indignado
de haberle menospreciado
con insana necesidad?

En esta vida triste y pasajera
pasemos y lloremos,
y al flébil son del arpa lastimera
afligidos cantemos:
sea nuestro cantar cual los plañidos
del infeliz hebreo
que cantaba con lúgubre gemido,
cautivo del caldeo;
y arrimado á las torres elevadas
del fiero Babilón
dirigía incansable sus miradas
al país de Sión.
Suspendiendo su lira enmudecida
en las ramas de un sauce,
resonaba su voz entristecida
en los ecos del cauce.

Del Eufrates bajaba á la ribera
recordando el Jordán;
la pena le contaba cruda y fiera
y endulzaba su afán.

Que corren velocísimos instantes
á un nuevo porvenir,
como corren los ríos ondulantes
en la mar á se hundir.

La opaca lóbreguez de tumba fría
pavor no causará,
que una luz más hermosa que del día
veremos más allá.

Ni el gusano roedor que nos carcoma
entre la fetidez,
que otro día fragante cual la aroma
ha de ser nuestra tez.

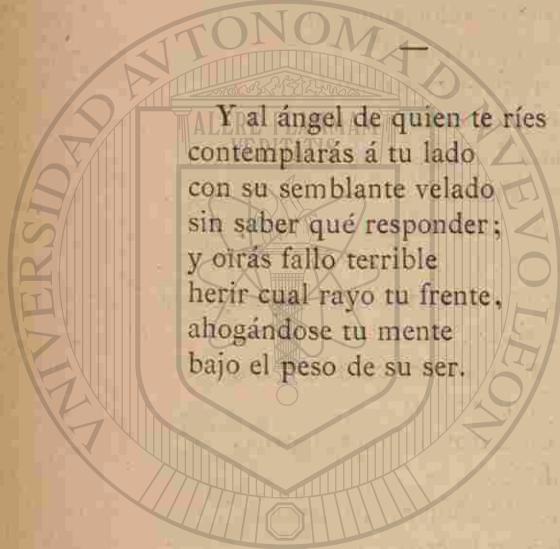
La frente coronada de fulgores,
auréola de luz,
el día que el Señor de los señores
descienda con la cruz

Cercado de brillantes querubines
con plena potestad,
en torno de abrasados serafines
con alta majestad.

Eclipsando la cúpula y peana
de su rayo el fulgor,
el sol que se levanta en la mañana
con vivo resplandor.

De estrellas que en lo alto centellean
orlado el escabel,
de soles mil y mil que le rodean
coronado el dosel.

En este val de llanto y amargura
 pasemos y lloremos,
 que hoy cantamos con plácida tristura,
 mañana no seremos.



Y al ángel de quien te ríes
 contemplarás á tu lado
 con su semblante velado
 sin saber qué responder;
 y oirás fallo terrible
 herir cual rayo tu frente,
 ahogándose tu mente
 bajo el peso de su ser.

Á LA MUERTE DE UN AMIGO

Para mi mal y desdicha
 al despuntar la mañana
 de una fúnebre campana
 el son hasta mí llegó.

¡Señal funesta de llanto!
 aun recuerdo tu plañido,
 cual doloroso gemido
 que en la tumba resonó.

En risueñas ilusiones
 de un porvenir venturoso
 soñando, por el umbroso
 valle andábamos ayer.

Hoy yaces cadáver frío
 marchito y amarillento,
 y del dolor el lamento
 te rodea por doquier.

¡Yaces! ¡ay! tus mustios ojos
 velados ya no fulguran,
 de mostrarme ya no curan
 el ardor de la amistad.

Ni un viviente está á tu lado,
sólo tu amigo que vela
á la luz de una candela
en sombría soledad.

¡Y es mejor! que el mundo frío
luciendo pomposo luto
contempla con ojo enjuto
las escenas del dolor.

Y secará en un instante
con su mirada de hielo
esa lágrima de duelo
que me endulza el amargor.

¡Duerme en paz! que aquesta tumba,
que riega ahora mi llanto,
mil veces con triste canto
á solas recordaré;

No es el dichoso el que canta,
más dulce el dolor inspira;
y si es felice la lira,
es con dicha que ya fué.

LA VÍCTIMA EN EL SANTUARIO

Muge el viento batiendo con bramido
Las paredes sombrías del convento,
Y en el bosque cercano su ronquido
Resuena como lúgubre lamento.
La bóveda sombría
Sus ecos repetía,
Y el gemir de la tumba silenciosa
Le responde en voz lúgubre y medrosa.
El templo en soledad..... aroma grato
Se respira al entrar; y en la capilla
Descúbrese la Imagen con su ornato
Á la luz de la lámpara que brilla.
Su rayo tremulento
Sombrea el pavimento,
Y retrata en la gótica techumbre
Negras sombras que vagan por su cumbre.

Planta tarda, la veste blanquecina,
Con sandalia pausada y muy süave
Un bulto que lentísimo camina
Atraviesa del templo la ancha nave:
Detiene su pisada
Al pie de augusta grada,

Se arrodilla humildísimo en el suelo,
Y aparta de su faz el blanco velo.

¡Qué joven! cuatro lustros en su frente
No se cuentan aún; su tez hermosa,
Bozo de oro matiza levemente
Mejilla do se pinta nieve y rosa.
Mas huella de tristeza
Marchita su belleza...

Su palidez mortal... mirar inquieto
Revelan que le espanta algún secreto.

Y el viento continúa rebramando,
Y las puertas rechinan en sus gonces,
Y se oyen más lejanos resonando
De otras puertas horriblos los bronceos.

Marcando va la hora
Campanada sonora,
Azorado la escucha el Cenobita,
Mira en torno, y azórase y se agita...

¡Qué será! y está en lágrimas deshecho:

¡Qué cuidado le roe y le devora!

¡Qué suspiros arroja de su pecho!

Y del cielo el amparo inquieto implora.

¡Será que en tierno seno
De abrasador veneno

Un raudal el arcángel alevoso
Le derramó turbando su reposo!

¡Mas no! que en sus miradas virginales

Retrata la más cándida pureza,

Y se baña su faz con dos raudales:

No se pinta frenética tristeza

Que negra huella imprime

Y con despecho gime:

Está en ansia mortal; mas en su frente
Descúbrese el candor de un inocente.

¡Dios eterno! (se le oye) ¡Jesús mío!

No recordéis mis culpas: mi delirio

Fué un error de mi mente, un extravío

Que quizás lavaré con el martirio:

Aceptad esa ofrenda

¡Señor! qué hora tremenda

Tal vez se acerca: vuélvaos propicio

Mi sangre que os ofrezco en sacrificio.

¡Delirará tal vez!.... mas sordo ruido

De repente los pórticos atruena

Del claustro: y entre vivas confundido

¡Muera! ¡muera! terrífico resuena.

Fiera turba frenética destroza,

Hasta al templo penetra ya un sicario...

¡Aleve! con la víctima se goza

Que allá divisa al pie del santuario.

Negra barba rizada le rodea,

Una faz retostada y polvorienta,

Ancho gorro encarnado le sombrea,

Sien con crimen marcada y con afrenta.

Sangre brota su vista, y al instante

Sangre bañan sus manos fratricidas,

Y un puñal se descubre fulminante

En sus manos de sangre ya teñidas.

¡Ya se avanza!... ¡la víctima inocente

En sus manos estrecha un Crucifijo!

¡Perdonadme, Señor!.... ¡Padre clemente!

¡Por la sangre vertida por vuestro Hijo!

¡Monstruo!... detén tu brazo... ¿no te ablanda

La vista de tan cándida inocencia

Que se prostra á tus pies... y te demanda
Perdonadme la vida por clemencia!
 ¡Qué mal os hice yo! ¡oh hermano mío!
 Poco hace vine... con mi madre estaba...
 ¡Muere! exclama frenético el impío:
 ¡Muere! y rabioso su puñal le clava...
 ¡Ay, madre mía! exclama, y cae al suelo,
 Mira al monstruo, mas él ensangrentado
 Retira el filo y con feroz anhelo
 Vuelve, y lo hunde en el seno desgarrado!
 ¡Tigre!... ¡mira!... espiró y el hondo abismo
 No temes que se te abra de repente?
 Y que el cielo indignado aquí... ¡aquí mismo!
 Vengue sangre tan pura é inocente?
 ¡Mírale... tu mirar frío y horrible
 Y tu mofa más negra que el infierno...
 A tu lado hay un ángel invisible
 Que lo escribe en el libro del Eterno.
 ¡Mira! ¡mira! su sombra ensangrentada
 De tu brazo verásla siempre asida,
 Y oirás siempre su voz tan ahogada
 Que *por Dios* demandábate la vida.
 De muerte cuando yazgas en el lecho
 Verásle, lleno de terror y espanto,
 Mostrándote ancha herida con que el pecho
 Le rajaste en el templo sacrosanto.
 ¡Tierno mártir de saña tan aleve,
 Yaces ¡ay! y aun te befan con insulto:
 ¡Arde ya el templo! y hundiráse en breve...
 Yacerás entre escombros insepulto.

LA IRRUPCIÓN DE LOS BÁRBAROS

¡Veisle! no veis cuán rápido se avanza
 Cual brioso corcel robusto y fiero,
 Cual oso endurecido en los rigores
 Del nevado Aquilón;
 Y al divisar un cielo más hermoso,
 Un clima más feliz y placentero,
 Se apercibe de guerra á los horrores
 Con bélica canción!

Entre tanto reposa en sueño blando
 Embriagada en placeres halagüeños
 Y entregada á magníficos ensueños
 La soberbia Ciudad;
 Las costumbres severas, que pujanza
 Le dieran y extendido poderío,
 Olvidando en imbécil desvarío
 Y en fatua vanidad.

En vano á la pelea se apercibe,
 En vano de los brazos voluptuosos
 Arranca enflaquecidos y medrosos

Con bélico clarín
 Á sus hijos, que sordos de la gloria
 Al renombre, de patria á los clamores
 Fríos ven cual amagan los horrores
 Y desastres sin fin.

Avanza fiero, no temas
 de sus ínclitos varones,
 de sus invictas legiones
 el denuedo;
 no son ellos, es su prole,
 débil y menguada raza
 cubren con áurea coraza
 bajo miedo.

Sus trofeos ostentosos,
 sus dorados estandartes,
 sus murallas y baluartes
 alza en vano;
 su flaca cerviz no sufre
 peso de férrea cimera,
 ya no vibra lanza fiera
 blanda mano.

Avanza, bárbaro, avanza,
 que ese ruido que zumba,
 que tal vez crece y retumba,
 no es guerrero;
 es el clamoreo insano
 de un gentío que se goza
 si una víctima destroza
 bruto fiero.

Tu sien indómita muestra,
 hay un destino terrible,
 que quizás mano invisible
 habrá escrito;
 á ese coloso soberbio,
 que tan poderoso miras,
 el Dios eterno en sus iras
 le ha maldito.

Avanza, bárbaro, avanza,
 deja tu áspera vivienda,
 arroja tu pobre tienda,
 marcha á Roma;
 rico botín te convida,
 lecho de oro recamado,
 y un ambiente embalsamado
 con aroma.

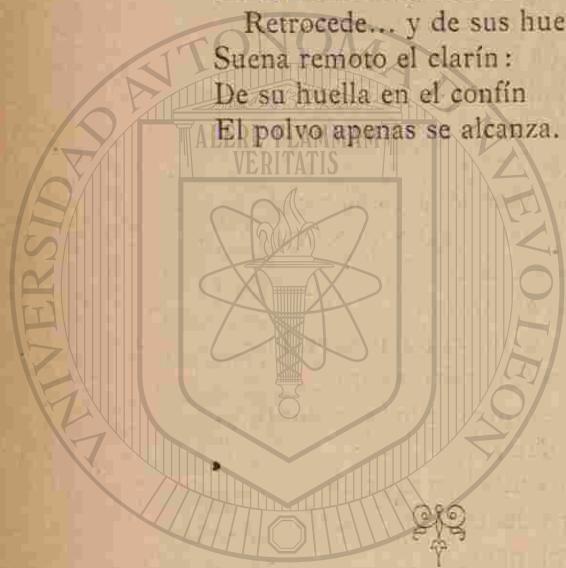
Ronca bravío el huracán insano
 Y un bosque arranca de robustos pinos
 Que en confuso tropel del alto monte
 Ruedan entre fragor y torbellinos;
 ¿No veis en el confín del horizonte
 Sus huestes numerosas?
 ¿No veis cual se revuelven?
 Ya cubren el collado,
 Y su negra espesura
 Inundando la anchísima llanura,
 Como el mar por los vientos azotado,
 En gruesos pelotones,

En confusas hileras,
 Cual indómitas fieras
 Entre sordo ruido
 Dando el bronco bramido
 De las olas que baten las riberas.
 ¡Cuánta sangre! ¡qué negra polvareda
 Se levanta del campo de batalla!
 Esfuerzo vano, es débil la carrera
 De apiñadas legiones:
 La robusta muralla,
 Profundos fosos, baluarte recio
 Contempla con desprecio,
 Y en ademán altivo
 Pisa con planta fiera
 La cerviz humillada del cautivo.
 En campamento inmenso,
 Como selva de lanzas y armaduras,
 Por doquier á los ojos
 Se ofrecen mil esclavos aherrojados,
 Desnudos y apiñados
 Al pie de sus riquezas y despojos.
 Allá en medio una tienda,
 Tosca, de polvo y sangre salpicada
 Flota á merced del viento;
 Con presentes sin cuento,
 Con la frente sombría y humillada
 Van llegando de reyes poderosos
 Los legados medrosos,
 Y al postrarse en el suelo
 Ensánchase su pecho de consuelo,
 Si mirada benigna
 Dispensarles el Bárbaro se digna.

Caíste, caíste, tú, ciudad señora
 Del orbe, y en tus ruinas
 Algún día sentado el viajero,
 De tu antigua grandeza,
 De tu brillo y espléndida riqueza,
 De tu cetro que humilla al orbe entero
 El rastro no hallará.
 ¿Ves cuál vuelve sus ojos fulminantes
 Girándolos hacia ti?
 ¿No ves cómo abandona ya su tienda
 El Bárbaro, y, cual negro torbellino,
 Se levantan sus huestes?
 ¿No ves cómo el camino
 Les muestra, de tus cúpulas soberbias
 Señalando el reflejo peregrino?
 Mas, ¿quién es que con paso majestuoso
 Tranquilo se adelanta?
 Solo, marcha sin bélico aparato,
 Y al encuentro del bárbaro caudillo
 Endereza su planta!....
 ¿Qué sello misterioso
 Orla su frente santa,
 Que á su presencia augusta
 El Bárbaro indomable y orgulloso
 Se inclina respetuoso?
 La sien torva y adusta
 Serenando suave y complaciente,
 Escucha atentamente
 Del venerable Anciano
 El hablar misterioso y sobrehumano.

Descansa, ¡oh ciudad!, en paz;
 Del incendio los horrores
 No temas, ni los furoros
 De su fulminante lanza.

Retrocede... y de sus huestes
 Suena remoto el clarín:
 De su huella en el confín
 El polvo apenas se alcanza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

EL AJUSTICIADO

Cercado de antiquísima muralla
 Levántase un castillo tenebroso,
 Erizado de espesa y fuerte valla,
 Ceñido de profundo y ancho foso.

Centinelas vigilan las entradas,
 Centinelas vigilan la avenida,
 Triples puertas robustas y ferradas,
 Triple reja calada y constreñida.

Al través de mugrientos corredores
 Do fulguran desnudos los aceros,
 Do el crujido de grillos sonadores
 Alterna con suspiros lastimeros,

De una lámpara al rayo moribundo
 Que el calabozo alumbra á duras penas,
 Postrado se divisa y gemebundo,
 Agobiado de grillos y cadenas.

¡Infelice! se acerca fatal hora,
 Un profundo suspiro tal vez lanza,
 Tal vez gime, tal vez piedad implora...
 ¡Todo horror sin un rayo de esperanza!

Sólo un santo ministro está á su lado,
 Un ministro que en lágrimas deshecho
 Abraza al infeliz acongojado
 Y le estrecha amoroso contra el pecho.

« ¡Padre mío!... ¿ se borran mis maldades?—
 ¡ Hijo mío!... la sangre del Cordero
 Se derramó por ti; de sus bondades

¿ Prenda eterna no ves en el madero?
 Cuando espira ya exánime y sangriento,

Aun promete corona de la gloria
 Al culpable que en bárbaro tormento
 Señor, dijo, de mí tened memoria.—

¡ Y la muerte que di yo al inocente
 Que la vida clamaba con temblor! —
 Ora él ruega por ti á Dios clemente,
 Tu perdón le demanda con amor.»

Ya el murmullo resuena, crece el ruido.—

« ¡ Padre, es la hora! ya se oye el atabal,
 Ya el cerrojo da horrisono crujido!...

¡ Santo Dios! ¡ qué congoja tan mortal! »

Levántate, le dicen, y al moverse
 Van grillos y cadenas resonando,
 En pie ya está... no puede sostenerse,
 Danle el brazo, va trémulo marchando.

Cubierto con capuz amoratado
 Al lado del ministro dolorido,
 Dentro un cerco de lanzas erizado
 Se presenta al gentío estremecido.

Alza turbios los ojos un momento,
 Y abatido á la tierra los inclina...
 ¡ Piedad! clama con lúgubre lamento,
 ¡ Jesús mío! y lentísimo camina.

Y atabal destemplado
 retiembla más allá,
 que al soldado
 su paso medurado
 lento marcando va.

Y agolpada la turba con premura
 Las angustias contempla de aquel hombre,
 Gran congoja le causa y amargura
 Sin cesar repitiendo aciago nombre.

Y atabal destemplado
 retiembla más allá,
 que al soldado
 su paso medurado
 lento marcando va.

¡ El cadalso! ¡ ay! descubre levantado,
 Sudor frío le baña como hielo,
 Se para... retrocede horrorizado
 Anublando sus ojos denso velo.

Y atabal destemplado
 retiembla más allá,
 que al soldado
 su paso medurado
 lento marcando va.

En vano giran sus ojos;
 en valla espesa de aceros
 ha ya entrado; brutos fieros
 se agitan en derredor
 cabalgados por atletas
 de postura y faz sañuda,
 blandiendo con mano ruda
 el hierro amenazador.

Se adelanta, que en la tierra
ya no le queda esperanza,
tiembla, desmaya, se avanza
muy lento, llegó por fin...

El perdón... aun... cual lejana
luz que al abismo no alumbraba,
y que al ahogarse columbra
el marino en el confín.

¿Quién es aquel ser terrible
que extiende sobre él la mano,
y que ceñudo é inhumano
le contempla sin horror?
¡su boca medio entreabierta,
sus ojos de sangre y llama,
su tez de negruzca escama,
su voz de espanto y temblor!

Le mira el reo azorado...
se encuentran las dos miradas,
por un instante fijadas
se vuelven á separar.

El reo la faz esconde
del sacerdote en el manto,
quien le baña con su llanto
y le torna á consolar.

Abrazados tiernamente
hablan de dulce esperanza;
mas el verdugo se avanza
y los viene á distraer
como atroz remordimiento,
como fantasma de muerte,
recordándole su suerte
con horrible padecer.

Ya se separan por fin,
ya el sacerdote le suelta,
anda la turba revuelta
entre confuso rumor:
otra vez al Crucifijo
besa trémulo y finado,
y con rostro amoratado
se adelanta con temblor.

Pasan algunos instantes,
el gentío está apiñado
con el rostro levantado
y en silencio sepulcral:
¡mil alaridos siniestros,
ayes de mortal espanto
se difunden con el llanto...
¡ya se dió el golpe fatal!

Ronco el atabal retiembla,
y el gentío condolido
se retira estremecido
de escena de tanto horror:
sólo por un largo espacio
en su lugar permanece
el sacerdote que ofrece
sus plegarias al Señor.

El mundo otra vez se entrega
á su vano desvarío,
y el cadáver yerto y frío
queda allá en postura cruel:
todos evitan su vista,
cual sombra viene á la mente,
mas se esfuerzan prontamente
por no pensar más en él.

¡ Infelice! de ignominia
y cruda afrenta cubierto,
horrible, morado, yerto
tendido yaces aquí;
y el transeunte se aparta
haciendo largo rodeo
por no ver de cerca al reo
cuyo bulto mira allí.

¡ Hijo de negro infortunio!
expiado ya está tu crimen;
¡ cuántos pensares me oprimen,
cuánta idea de dolor,
al mirar tu boca abierta
y esa velada pupila
inmóvil que ya no oscila
de la luz al resplandor!

¡ Tu madre!... ¡ quién le dijera
al darte su dulce pecho,
cuando con abrazo estrecho
besos te diera sin fin,
que en patíbulo afrentoso
expiraría aquel niño,
que ella en raptos de cariño
llamaba su serafín!

¡ Que aquella cabeza hermosa
cubierta con hilos de oro,
que ella llamó su tesoro
y su perla y su rubí,
por el suelo desgredada
yacería y polvorienta,
atestiguando la afrenta
que el crimen marcara en ti!

En tan acerbo conflicto,
en pena tan cruel y dura,
en tan terrible amargura,
al ver trance tan fatal,
entre pensares sombríos
al hombre, que lo contempla,
sólo un pensamiento templa
la amargura de su mal.

Ese infeliz ya no existe,
nada siente de su pena,
satisfecha la condena
el alma al cielo voló;
y aun en medio de su angustia
y de su agonía larga
su pena menos amarga
la esperanza le volvió.

¡ Hombres que en el polvo hundidos
alzáis la réproba frente
y de un Dios Omnipotente
hasta disputáis el ser!
¡ tenéis acaso en vosotros
una gota de consuelo
que en trance de tanto duelo
amortigüe el padecer?

¡ Cuando el reo os dirigiera
aquella vista azorada,
le presentaréis la nada
como un recuerdo cruel?
¡ En sus angustias de muerte,
al borde de inmenso abismo
le hablaréis del fatalismo
con sus sabores de hiel?

¿Y que marche con audacia
le diréis cual varón fuerte
arrostrando afrenta y muerte
con horrible estupidez?

¿Ó que afee su negrura
dirigiéndose al suplicio
con negra marca de vicio
y crimen sobre su tez?

¿No será menos amargo
el pensar que su tormento
con hondo arrepentimiento
finirá con el morir,
que no luchar de continuo
con vuestra duda que pasma
sentada como fantasma
al umbral del porvenir?

Son terribles del Cielo los destinos,
Sangre el campo y patíbulos inunda,
Altos cedros al ímpetu tronchados
Miramos de furiosos torbellinos;
De altas cumbres en hoya muy profunda
En un punto los vemos sepultados.
De frenesí cegados
Del mundo no borremos el consuelo...
¿Y quién al hombre mísero asegura
Que en angustioso anhelo,
Que en aciaga congoja y amargura...
¡Ah! ¡del tiempo quién alza el denso velo!

PORVENIR

¡Porvenir...! y por caos tenebroso
Divagando mi mente
Porvenir repetía,
Y á mi oído zumbaba sordamente
Un ruido confuso y fragoroso;
Y oír tal vez soñaba
El rebramar del huracán lejano
Que en montañas levanta al Oceano.
Y cien generaciones desfilando
Cual fantástica hilera
De sombras y de espectros
Que en profundos abismos se sumiera;
Y otra hilera después se levantando
Que en pos de ella se hundía,
Como cría y deshace en un instante
Visiones fantasía delirante.
Y á mi vista se hundían las techumbres
De torres coronadas

Y el alcázar soberbio ;
 Y en el polvo yacían sepultadas
 Las maravillas y oro de sus cumbres
 Cubiertas de vil greda ,
 Y en montones de escombros las ciudades
 Y en su torno espantosas soledades.

Entre humo y cenicientas llamaradas
 De volcán rebramante
 Las más bellas campiñas
 Sepultarse veía en un instante ;
 Do colinas de mieses coronadas
 Antes se levantaban ,
 Ahora cordilleras caprichosas
 De montes , riscos , simas espantosas.

¡ Ay ! y el mar , do sus aguas precipita
 El Támesis umbrío ,
 Batiendo con sus hondas
 Los terribles costados de un navío ;
 Y do el pintado pabellón se agita
 Con el soplo del viento ,
 Surcando con grosera y ruda proa
 De salvajes henchida la canoa.

¿ Dó está la gran ciudad y sus torreones ?
 ¿ Dó está el colosal puente ?
 ¿ Dó están las ricas flotas
 Que del río cubrían la corriente ,
 Y los varios y ricos pabellones
 De pueblos poderosos ,
 La humareda que alzara tanta nave
 Más ligera y más rápida que el ave ?
 Y un momento después ni leve seña
 Do la gran isla fué ,

Y ni el ave encontrar podrá una peña
 Para posar su pie ;
 Pues que como de arena el leve grano
 El mar se la tragó ,
 Lanzando con furor bramido insano
 Sus ondas revolvió.

El austral marinero
 Extenderá sombrío y silencioso
 Sus ojos por el piélagos espantoso ,
 Y al pasar por allí
 Tal vez conservará leve memoria ,
 Vago recuerdo agitará su mente ,
 Y dirá indiferente :

¿ Quién sabe si era aquí ?

¡ Ay dolor ! y al mirar que cerca se alzan
 De montes cordilleras erizadas ,
 En busca de regiones habitadas
 Tal vez se acercará
 Al pie que baña majestuoso el Sena ,
 Y al hallar por doquier bosques de encinas
 De cien pueblos ilustres las ruínas
 Sin pensar pisará.

Y del monte á las cimas elevadas
 Treparán los salvajes aturdidos
 Lanzando destemplados aüllidos
 Corriendo á se esconder ;
 Tal vez se pararán por un momento ,
 Y al revolver inquietos tosca cara
 Alzarán los marinos algazara
 Para hacerlos correr.

¡ Insensato viajero ! que á infelices
 El desprecio prodigas y la risa ,

¿Sabes acaso dó tu planta pisa?
 ¿Sabe tú qué hombres ves?
 Tu país en el globo no existía,
 Y estaba aquí pujante y orgulloso
 Un gran pueblo ilustrado y poderoso
 Que se llamó francés.
 Socava las extrañas de esa tierra,
 Y tal vez de navíos estrellados
 Breves trozos en piedras ya trocados
 Con asombro hallarás;
 Del padre de esas hordas que desprecias
 Esculpido tal vez verás el nombre,
 Y á despreciar la vanidad del hombre
 De ellos aprenderás.

¡Ay dolor! atrevido viajero
 Entre zarzas y ramas un sendero
 Abriendo con afán y pena dura,
 Rendido de cansancio y amargura
 Penetrará hasta aquí;
 Y entregado á sí propio, pensativo
 Meditará aquí mismo do yo escribo,
 Y no sabrá que fuí.

¡Porvenir! ¡Porvenir! y alzando el vuelo
 Mi mente levantábase hasta el cielo,
 Y veía la tierra
 Como pequeño grano,
 Y al hombre cual gusano
 Que por ella se arrastra con faena;
 Y al mirar cómo olvida
 Que fugaz, cual la risa del contento,
 Pasará en un momento
 El durar de su vida,

Su fatua vanidad, su orgullo necio
 Miraba con sardónico desprecio.
 Que es el hombre cual gota de rocío
 Que el ardoroso sol seca en estío,
 Ó cual brilla un momento
 Una leve centella,
 Ó cual dura la huella
 Que en el polvo imprimiera el viajero:
 Y el sudor me bañaba,
 Y mi pecho oprimido
 Un agudo gemido
 Dolorido lanzaba,
 Y de blanda tristeza llena el alma
 Tal vez lloraba en apacible calma.
 ¡O Patria mía! tú también desiertos
 Verás tus campos y tus prados yertos:
 ¡Qué se hicieron tus fértiles campiñas,
 Tus anchas vegas y doradas viñas
 Que matizaba el sol!
 Ni sombra quedará de nuestra gloria,
 Ni habrá quienes recuerden la memoria
 Del renombre español.

Más allá, en el confin del horizonte,
 De las olas hirvientes
 Nacían nuevas tierras
 Que luego se poblaban de vivientes;
 Ancha llanura y elevado monte
 Sus lugares trocaban,
 Y do antes abrasados arenales,
 Ora vegas sembradas de frutales.
 Los mares undulantes se agitaban
 Con rebramar bravío

Las tierras embistiendo
 Como abordan á veces un navío,
 Y cien vastas ciudades se anegaban;
 Yo veía sus torres
 Hundirse cual de naves estrelladas
 Los mástiles con velas replegadas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VOZ DEL DESENGAÑO

¿Qué tienes, corazón mío,
 qué desazón te devora,
 quién acibara esa hora
 tan amarga para ti?
 Qué ¿te fastidia del día
 la luz tan clara y hermosa?—
 ¡Ay, que noche tenebrosa
 más grata me fuera á mí!
 ¿Qué busco yo en esa tierra
 donde nada me contenta,
 donde todo me atormenta,
 donde gimo sin cesar?
 ¿Es acaso un infortunio
 sueño de muerte profundo,
 y eso que llamamos *mundo*
 para siempre abandonar?
 Cuanto en torno me rodea
 todo es frío, nada place,
 nada cumple y satisface
 esa desazón febril:
 yo bien oigo en torno mío

el bullicio y risotada
de esa turba abandonada
á su gozar infantil.

Mas su risa
sólo me excita tristeza;
lo que apellida belleza
mi pie pisa;
me alargan alegre mano,
es en vano;
que en mi corazón no cabe
esa alegría de juego,
que del pecho mío el fuego
ese gozo no apagara.

Bien lo sabe
la mi mente, que extraviada
recorre un espacio inmenso,
cuando pienso
que yo y cuanto me circunda
en la soledad profunda
yaceremos so una losa
en la hoya tenebrosa;
¿y no ve esa turba insana
que tal vez será mañana?

Destino triste del hombre
envuelto en obscuro abismo,
ó huir siempre de sí mismo,

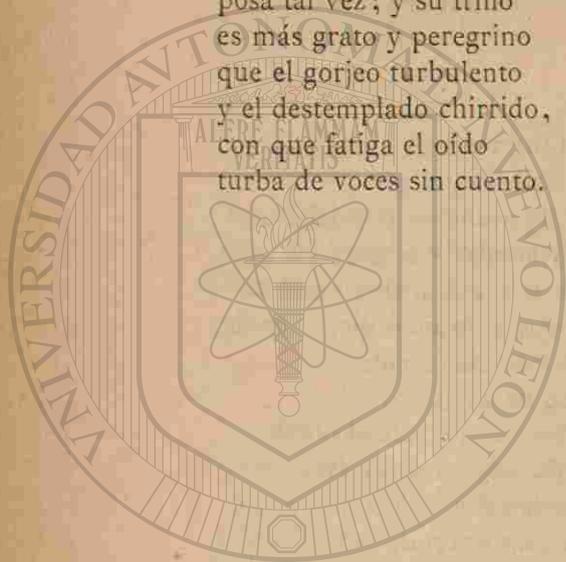
ó llorar y padecer;
pero, ¿qué vale esa fuga
si nos viene á pesar nuestro
como un recuerdo siniestro
la idea de nuestro ser?

¿Qué son esas algazaras,
ese bullicio y orgía
que de noche en pos del día
nos convidan sin cesar?
¿No es acaso disfraz vano
con que el mundo dice: olvida
el destino de tu vida
si te quieres aliviar?

Pero, ¿qué vale el olvido
ni qué vale un sorbo frío
en el calor del estío
para calmar cruda sed,
si en medio de los festines
sale una mano terrible
nuestro destino inflexible
escribiendo en la pared?

¡Ay! no nos ríamos, no;
lloremos, sí, pues el llanto
tiene un apacible encanto
que calma dura crudeza;
la tristeza

á veces es también blanda
y halagüeña.
Separada de su banda
triste avecilla en la peña
posa tal vez; y su trino
es más grato y peregrino
que el gorjeo turbulento
y el destemplado chirrido,
con que fatiga el oído
turba de voces sin cuento.



LA MUERTE DEL ESCÉPTICO

¿Veis cuál cubre el sudor su ajada frente,
Cuál se agita y revuelve sin descanso
Inquieto por el lecho del dolor,
Y sus hijos sollozan tiernamente,
Y su esposa inclinada sobre el lecho
Dolorida le enjuga su sudor?
Jamás alza sus ojos hacia el cielo,
Su mirar el del crimen y la muerte,
Pesaroso suspiro tal vez lanza;
Ni en sus labios palabra de consuelo
Ni un solaz que sus penas aligere,
Todo horror sin un rayo de esperanza.
¡Acerba duda, que con mano yerta
Su corazón helaste para siempre!
¡Maldición á su orgullo y su saber!
¡Ah! la tumba á sus pies está ya abierta
Y una voz incansable le repite:
«Ó la nada ó un eterno padecer...»
Aléjate ¡insensato! de su lecho,
Endulzar quizá piensas su amargura
Hablando de infeliz celebridad.

Crees calmar la angustia de su pecho
 Enfático leyendo frágil hoja
 Que anuncia con dolor su enfermedad.
 ¿Ves? á otro lado vuelve su cabeza,
 Pesaroso te aparta con su mano,
 Le fatigas: no quiere te escuchar.
 Mas opaca le cubre la tristeza,
 Mil recuerdos se agolpan á su mente
 Que le arrancan profundo suspirar.
 ¡Ya espiró!... y hojas mil y mil su nombre
 Con énfasis alzaban hasta el cielo,
 Sus hinchadas columnas yo leí;
 Y lamentando el delirar del hombre
 Y abismado al pensar en sus destinos
 En caos asombroso me sumí.
 Más de una vez... en pie... junto á su tumba
 ¡Qué ideas divagaban por mi mente!
 ¡Leve instante y en pos la eternidad!
 Y á mis oídos incesante zumba
 El porvenir, cual mágico ruido,
 Ó cual muge lejana tempestad.
 Y al sombrío brillar de las estrellas
 Otra vez contemplaba las cenizas
 Del hombre que su marcha calculó:
 El tiempo borrará sus leves huellas,
 La yerba sepulcral cubrirá en breve
 Las vanas letras que amistad grabó.

LAS RUINAS

¿Quién impele al intrépido viajero,
 Quién le guía entre escombros polvorientos
 A pisar los recuerdos de grandeza
 De un grande pueblo? En vano le brindarais
 Con el brillo de espléndida riqueza
 Que despliega en alcázar ostentoso
 El altivo magnate;
 En vano de pensiles encantados
 El aroma oloroso,
 Los hermosos colores
 De arbustos y de flores
 Con vanidad graciosa entretejidos
 Halagan sus sentidos:
 Todo es frío para él; más le complacen
 La adusta soledad, silencio horrible
 De un montón de ruinas,
 De torre derribada hondo cimiento,
 De una antigua muralla,
 De un sepulcro, de obscuro monumento
 La confusa señal, de una vivienda
 La traza del roído pavimento;
 Tebas, la de cien puertas,
 Por la segur del tiempo destrozada,
 Sólo un recuerdo vano
 De su renombre y gloria

En colosales restos
 Del viajero presenta á la memoria.
 Nínive, la minaz, la populosa
 Ciudad, que fuera un día
 De cien pueblos señora,
 Despareció igualmente.
 Busca el viajero ahora
 Con afanoso aliento,
 Y encuentra á duras penas
 Un campo raso, inmenso, desolado
 Do la grande ciudad tuvo su asiento.
 Y la reina de oriente, maravilla
 De la tierra, el orgullo del caldeo,
 ¿Dónde está? ¿Dó sus muros anchurosos
 De gigantesca altura,
 Sus aéreos pensiles,
 Sus riquezas, su gala y hermosura?
 Sumido yace en asqueroso polvo
 De Nabuco el soberbio
 El alcázar grandioso:
 La rica galería,
 De do lanzara un día
 Á cien pueblos postrados
 Su mirada altanera y desdenosa,
 Cercado de caudillos y magnates,
 Cubren de inmundo cieno
 Desbocadas las aguas del Eufrates.
 Allí absorbido queda
 El viajero en sombrío pensamiento;
 ¿Quién allí le guió? ¿quién le detiene?
 No se lo demandéis; es su destino,
 Es que allí siente levantarse el vuelo

Del alma conmovida;
 Allí revuelve del Autor del tiempo
 Los profundos arcanos;
 Allí, como en un piélagos insondable
 Anonadados sus pensares vanos,
 Contempla con asombro
 Al necio orgullo, vanidades locas
 Del hombre miserable
 Por el soplo del tiempo disipadas,
 Cual florestas secadas
 Por el sol abrasado del estío,
 Cual troncha flaco arbusto
 El rudo empuje de huracán bravío.
 ¡Inútil forcejar del triste humano!
 Un momento del alma
 El sombrío pensar, la idea aciaga,
 Que incesante le sigue y le atormenta,
 En olvidar se esfuerza:
 En vano con placeres se embriaga
 De esplendoroso fausto;
 Del brillo de la gloria de su nombre
 En vano se rodea;
 Con impulso robusto
 Le sojuzga una mano y señorea,
 El cáliz de amargura
 En profunda tristura
 Le ofrece sin cesar:
 Cual sombra movediza le persigue,
 Se disipa, se obstina, es vano empeño:
 Más severa le muestra,
 Más adusta la faz, más torvo el ceño.

.

EL SABER

¿Viste jamás, ¡oh Fabio!, del humano
 Tranquilo el corazón, si pena cruda
 No le sofoca con sufrir insano,
 O en negro porvenir con faz sañuda
 No le amagan fatídicos temores
 Cual vapor denso con tormenta ruda?
 Si exento de amargosos sinsabores,
 Halagado por grata bienandanza
 Como el aura meciendo tiernas flores,
 Ó le sonrío amable la esperanza
 Como nube dorada se divisa
 Allá lejos en plácida bonanza,
 Si en sus labios asoma la sonrisa
 ¿Quizá crees iluso que la vierte
 Su placer? ¡Ay dolor! cansado pisa
 Blando suelo alfombrado que la suerte
 Benigna le depara, y en su pecho
 El pensar se revuelve de la muerte.
 De la vida sintiendo largo el trecho
 Quizá goza un alivio en noche oscura
 Inundando de lágrimas su lecho.

¡Cuántas veces, ¡ay Fabio!, de tristura
 Bañado el corazón, pensar sombrío
 Me asaltó de la humana criatura
 Recordando delirios, extravía,
 Quimeras, esperanzas burladoras,
 Tanto sueño de vano desvarío!
 Del placer en las copas seductoras
 Amarguísimo absintio derramado
 En grandezas creía engañosas.
 En inmenso vacío disfrazado
 El alcázar de altísima techumbre
 Con prodigio del arte levantado,
 El acato de humilde muchedumbre,
 Los blasones, la pompa esplendorosa,
 Vanidad, desazón y pesadumbre
 Ya juzgaba, tan sólo viera hermosa
 Del saber la ilusión, que deshojada
 No estaba aún, y prendóse candorosa
 Mi alma, y sedienta en pos de su pisada
 Anduvo con afán, del esplendente
 Ropaje y hermosura deslumbrada.
 ¡Ay engaño! el saber, que á nuestra mente
 Tan rico se le muestra y halagüeño
 Con corona de luz resplandeciente,
 ¿Es acaso algo más que hermoso sueño?
 ¡Cuántos nombres! ¡qué pompa y aparato!
 ¡Cuál porfían y luchan con empeño
 Por cubrir con el velo del ornato
 El vacío, la nada que se encierra
 En el ídolo honrado con acato!
 ¡Miseros! el estruendo de la guerra
 Con que lidiáis sin tregua ni reposo

Implorando el favor del cielo y tierra,
 ¿Acaso no revela que engañoso
 Mucha altura y muy flaca consistencia
 Tiembla al soplo del viento el gran coloso?
 Con figuras simbólicas la ciencia
 Del Egipto los vates algún día
 Cubrían y la estúpida creencia
 Que al pueblo seducido envilecía.
 ¡Miseria vanidad! ¿dó el monumento
 Del saber que en misterio se envolvía?
 En mil viajes solícito y sediento
 El saber el heleno busca en vano
 Y amontona de fábulas sin cuento
 Gran caudal que él adorna con su mano;
 Vuela alzado el renombre de la Grecia
 De la tierra al extremo más lejano.
 ¡Grecia sabia! proclama turba necia,
 Y ella ufana á dignísimas naciones
 Cual bárbaras las mira y las desprecia.
 Del orbe las sublimes relaciones,
 Del hombre los secretos y natura
 Ventilán en pulidas oraciones
 Con galana agudeza y hermosura
 Cubriendo con bellezas el lenguaje
 De razones la flaca contextura:
 El gracioso atavío de su traje,
 Su donaire cautivan los sentidos;
 Mas, severa razón, que en su ropaje
 Descubre los disfraces escondidos,
 Las contempla con frío desagrado
 Como lazos falaces que tendidos
 Á los pasos del hombre deslumbrado

De verdad al alcázar majestuoso
 El camino mantienen atajado.
 Amanece aquel día venturoso...
 Del seno de su padre descendida
 La *Verdad* de candor el más hermoso
 Y de amable dulzura revestida
 Deslindando los bienes de los males
 El camino demuestra de la vida.
 «Amor, dice, el lazo es de los mortales,
 Su consuelo es el rayo de esperanza,
 Vanidad son las cosas terrenales,
 En la tierra la dicha no se alcanza.
 ¡Desgraciados! seguidme, que en mi huella
 Hay la senda de eterna bienandanza.»
 No tan grata á los ojos ni tan bella
 En la noche más lóbrega y obscura
 Se presenta en el cielo clara estrella,
 Rasgada de la nube la espesura,
 Leve azul su belleza acrecentando
 Cual dolor en la faz de la hermosura:
 Y el orgullo ¡oh ceguera! cavilando
 Odio esparce, disputas amontona,
 De disputas armando ciego bando,
 Y la lucha mortífera pregona.
 Con placer ve Satán cruda contienda
 Y atizándola astuto más la encona.
 De salud abandonan la alma senda
 Y pisado de unión precepto santo
 Que el Hijo de María recomienda,
 De la Virgen de Sión el sacro manto
 Destrozando en su orgullo, cien enseñas
 Desplegadas ondean, y entre tanto

Cual buitre, que se arroja de altas peñas
 Sobre la incauta presa que en mal hora
 Divagara en campiñas halagüeñas,
 En sus garras la estrecha y la devora.
 El ateísmo del báratro profundo
 Arrojado con forma seductora
 Encubriendo el aspecto más inmundo
No hay Dios, clama, y en hórridos torrentes
 Inunda de catástrofes al mundo.
 ¡ Imbéciles ! ¿ no veis cuál impotentes
 Se esfuerzan en insano desvarío
 De las olas bravías y furentes
 La fuerza en domeñar ? Cual raudó río
 Que tímido arremete con pujanza
 En pos de la tormenta del estío
 Y quebrantando el dique fiero avanza,
 Arrasa el valle, tala la pradera,
 El fruto destruyendo y la esperanza ;
 Tal, roto el freno de la turba fiera,
 Se destroza en contienda fratricida,
 Y entre tanto ¡ ay dolor ! necia ceguera
 De nombres pertrechada , y bien medida
 Palabra sus frenéticos furoros
 A que calme la exhorta y la convida.
 ¿ Subterráneos atruenan mil fragores
 El oído, y la tierra se estremece ,
 De azares borrascosos y de horrores
 Inminente peligro siempre crece ?
 Pues mira , la balanza se equilibra
 Y ondulando muy plácida se mece
 Con leve contrapeso , apenas vibra
 Con pausa mesurada de una esfera

Cuando oscila tirante de una fibra.
 Tenaces en su estúpida quimera,
 Muy contentos se afanan á porfía
 En verter sus delirios por doquiera.
 Risa , Fabio , y desprecio movería
 Si la sangre y el llanto que á torrentes
 Inundan la infelice patria mía
 Consintiese el reir : ¿ viste de amentes
 Pilotos pobre nave dirigida
 Cual zozobra entre escollos prominentes
 De olas y tempestades combatida ,
 Y ellos ¡ ciegos ! disputan vanidosos
 Del nivel de la mar embravecida ?
 Dime , Fabio , ¿ no sientes pesarosos
 Los días de esa vida infortunada
 Arrastrarse ? ¿ No envidias venturosos
 Tiempos , en que esa tierra desdichada
 Extendiera su clara nombradía
 A la zona que está más retirada ?
 ¿ Mas, dónde estoy ? mi mente se extravía,
 Déjame que divague sin concierto...
 ¡ Es tanto lo que el pecho me oprimía !
 Lo siento y á explicártelo no acierto,
 Tú , Fabio , que vil pecho no abrigaras
 De mármol tan brillante como yerto ,
 Tú me comprenderás , seránte claras
 Mis razones á ti , sombrío y triste
 Antes que yo tal vez las meditaras
 Aun recuerdo , y quizás tú revolviste
 Mil veces en tu mente aquellas horas...
 Era en la edad de sueños que reviste
 El mundo de esperanzas tentadoras.

¡ El saber ! ¡ y qué mágico ascendiente
 En el alma sus formas seductoras
 Ejercían ! del genio augusta frente,
 De cien rayos orlada esplendorosos,
 Nombre claro cual de oro la corriente
 Burlando de los siglos numerosos
 Los estragos, al par de los guerreros
 Que en hazañas se hicieran más famosos,
 Su fuego, sus arranques altaneros,
 Sus vuelos encumbrados, la osadía
 De marchar por levísimos senderos
 Atónito miraba noche y día,
 Y celeste visión en sombra humana
 Un momento gozar me parecía.
 ¡ Iluso ! cual fantástica peana
 De un ángel, ¿ no miraras hacia el cielo
 Levantarse ancha esfera muy lozana
 Henchida de vapores ? Rasga el velo
 Endeble el rudo viento, y desplomada
 Los destrozos esparce por el suelo.
 Del humano la ciencia tan nombrada
 Tal contemplo yo ahora entrometida,
 De blasones pomposos adornada.
 Y de efímeros triunfos engréida
 Monumentos levanta, y el torrente
 De los tiempos con recia acometida
 Los socava, los vuelca fácilmente
 Y el fruto de porfías y sudores
 Va rodando en la rápida corriente.
 Lleno un día de amargos sinsabores,
 Por doquiera tinieblas encontrando
 Ó vanos y mentidos resplandores,

El alma en cien pensares divagando,
 Débil y fatigado me sentía
 Blando sueño mis párpados cerrando.
 Sentí que sosegado me dormía,
 Sordo ruido escuchar creí al momento
 Y ancho mar descubrió mi fantasía.
 Ricas naves surcábanle sin cuento
 Y amagaba con hora procelosa
 Roncando sin cesar el rauda viento.
 Miraba desplegada la orgullosa
 Enseña de la reina del tridente,
 Que dejada del Támesis la umbrosa
 Orilla se avanzaba prepotente
 De tesoros preñada y de riqueza
 De labor y valía sorprendente.
 De los hijos del Sena la grandeza
 Mostrábase también, su soberano
 Fausto en rica y espléndida belleza,
 El hijo de Parténope, el Hispano,
 El Bátavo, la raza del Escita
 Con los hijos de Otmán, el Lusitano,
 Y el pueblo numeroso que ora habita
 De Colón las regiones do ciñera
 Su corona que el tiempo no marchita.
 En confuso tropel de la mar fiera
 Al capricho y furor abandonados,
 Medrosos, la negruzca cordillera
 Que avanzaba en torreones agrupados
 Miraban al bramido retumbante
 Del trueno estremecidos y aterrados.
 Viérades por doquiera relumbrante
 Ingenioso instrumento y aparato,

De los sabios concepto muy brillante,
 Que el arte ejecutara con ornato:
 Truena otra vez; estalla la borrasca
 Embistiendo con férvido arrebató...

¿Viste frágil arista cual la tasca
 Golpe del labrador, ó vaso fino
 Que de un niño la mano débil casca?

Tal quebranta furioso torbellino
 De altas naves la máquina altanera
 Los destrozos sembrando en su camino.

En tamaña catástrofe aun entera
 De la mar las llanuras ya bien solas
 Una nave surcaba, y la primera

Que aguantara el embate de las olas.
 Del arte los prodigios no brillaban
 En ella ni pintadas banderolas;

Las ondas tormentosas aun bramaban,
 Y en la nave, y en sueño sosegado
 Muchos hombres noté que reposaban

Sin curarse del mar alborotado.
 Yo admiraba tamaña maravilla,
 Y una voz con acento reposado

Me dijo: «si deseas á la orilla
 Llegar salvo, no temas, vas seguro,
 Duerme en paz en la pobre navecilla.»

UNA VISIÓN

FRAGMENTO

¡Lóbrega noche! ¡soledad sombría!
 Ronco trueno á lo lejos retumbaba,
 Relámpago fugaz iluminaba,
 La tierra en sombras de pavor se hundía:
 El huracán del bosque despedía
 Pálida luz que apenas alumbraba,
 ¡Y un espectro allá en medio divisaba!
 Se acerca, llega y trémulo decía:
 «¡Oh tú, que sueñas glorias y ventura
 Á tu patria infeliz, al suelo ibero!
 Lloro, lloro raudales de amargura,
 ¡Qué llanto fué mi acento postrimero!
 Atroz guerra verás, furor, locura
 ¡Hasta romperse el postrimer acero!

PREDICCIÓN

FRAGMENTO

¿Visteis acaso el colosal imperio,
 Que por siglos catorce permanece
 Con altivez en pie, cual derribado
 En el suelo yaciera, y cual ya crece
 Otro árbol que en su puesto se ha plantado?
 De ayer nacido muestra frágil rama,
 Torbellino ya brama
 Con furia en su contorno,
 Cien puntales apoyan su flaqueza,
 ¡Y hay quien crea ¡imbécil! que es un adorno!...
 ¡Ay del día fatal que con braveza
 Soplare el huracán! fragoso estruendo
 Señal será del choque tan tremendo.
 Despliega sus riquezas ostentosa,
 Levanta al cielo su radiosa frente
 De los mares la reina soberana,
 Orgullosa y lozana
 Con cien pueblos que besan su peana.
 Ella mira de Tiro el poderío
 Con desdén y desvío,

De Cartago la gloria,
 De Venecia pujante
 El renombre inmortal, cuando en victoria
 Humillaba atrevida y prepotente
 El pendón musulmán con la bravura
 Hermanando riquezas y hermosura.

TRADUCCIÓN

¡Ah! ¡no inspirar intentes á mi pecho
 Sueños de amor, ni le hagas padecer,
 Que el cielo tan sensible no le ha hecho
 Para amar lo que debe perecer!

LA INQUIETUD

Aquí dentro de nosotros
 hay un inquieto resorte
 que, cual busca siempre el norte
 en sus giros el imán,
 así siempre nos agita
 con sinsabores secretos,
 nos mantiene siempre inquietos
 con desazonado afán.

Hasta en nuestros extravíos
 buscamos siempre una cosa,
 y nuestra alma no reposa
 en viendo su resplandor:
 afanosa va en pos de ella,
 mas una sombra la ofusca,
 el alma otra vez la busca
 con más afanoso ardor.

Y nos va siempre delante,
 huye cuando la seguimos,
 á nuestro lado la vimos,
 locos lanzamos un ¡ay!,
 pronto tendemos la mano,

ante nosotros la vemos,
 mas si tocarla queremos
 encontramos que nada hay.

Como el niño que jugando
 en aguas de fuente clara
 ve la fruta que le es cara
 retratada dentro allí;
 y también allí posado
 algún lindo pajarito
 con su plumaje exquisito
 de azul, oro y carmesí.

Mas como sea reflejo
 de algún ramaje cercano,
 el niño la busca en vano,
 arena sólo hallará;
 sus delicadas manitas
 en vano humedece y mira,
 y lloroso se retira
 porque el pájaro no está.

LA SOLEDAD

Grato asilo del alma, que en angustia
sumida y en recuerdos dolorosos
se siente marchitar,
como el tallo y las ojas de flor mustia,
cuyo cáliz perfumes olorosos
no puede ya exhalar.

Verde arbusto mecido en la campiña
sin aroma, sin flores, sin adorno
más place veces mil,
que afectados matices con que aliña
sus tablas, sus senderos y contorno
cultivado pensil.

Del arroyo que fluye adormecido
y murmura tal vez contra la orilla
más grato es el rumor,
que en marmóreas labores embutido
entre estatuas de rara maravilla
sonante surtidor.

Blanda yerba tapiza como alfombra
las orillas del plácido arroyuelo
y brinda á reposar;
el árbol nos encubre con su sombra,
avecillas solazan nuestro duelo
comenzando á trinar.

En tanto que la urraca vocinglera
atraviesa los aires abrasados
por el rayo estival,
y á la entrada de angosta madriguera
asoma con sus ojos inflamados
sierpe descomunal.

Más allá, de altos montes á la falda,
levantada del santo solitario
la lóbrega mansión;
alta peña asomando por la espalda,
do resuena el acento funerario
ó el eco de oración.

Y á lo lejos retumba la cascada
y el mugido del río fragoroso
batiendo sin cesar
los costados de roca levantada
á la orilla, cual mágico coloso
parado á reposar.

Ya las selvas arrojan ondulando
sacudidas del viento con esfuerzo
prolongado mugir,
cual viene sonoro rebramando
de borrascas preñado rudo cierzo
la mar á combatir.

Y allá dentro en golpeo acompasado
derribada sintiérades caerse
por robusta segur
vieja encina que el tiempo ha respetado,
que del suelo no pudo desprenderse
al empuje del sur.

Sale ruda del fondo de las breñas
en altos y monótonos cantares

la voz del leñador;
 lleva el viento sus ecos, y las peñas
 y en la selva cercana los pinares
 responden al cantor.

¡ Soledad ! ; soledad ! más dulce al hombre,
 que el insulso bullicio y la algazara
 que de dicha con nombre
 al mortal ese mundo presentara ;
 gratos son tus recuerdos,
 con tu presencia cara
 el pecho de consuelo se rocía
 y la mente se eleva y se extasia.

En tu seno deslízanse al humano
 infelice las horas en la calma,
 cual cesando en desierto el viento insano
 mece el aura las hojas de la palma ;
 exhala allí tranquila
 blando suspiro el alma,
 grandiosa le rodea la natura
 halagando sus penas y tristura.

Con doseles de púrpura en contorno
 ¿ qué valen los salones guarnecidos ?
 De oro, nácar, relieves, rico adorno,
 ¿ qué valen artesones embutidos ?
 Del monarca el alcázar,
 los arcos atrevidos
 son polvo, nada, á vista de grandeza
 que ostenta en soledad naturaleza.

¿ Contemplasteis el cielo de la tarde
 revestido de nubes y celajes,
 cual gigantes que lucen con alarde
 pintados y magníficos ropajes,
 como mágicas selvas
 con no vistos ramajes,
 y negruzcos castillos y torreones
 en hileras de ricos pabellones ?

Con torrentes de llama ya rojiza
 pasa el sol, y aquel piélagos atraviesa,
 le dora, le blanquea, le matiza
 y le inflama cual vívida pavesa ;
 mas se inclina benigno,
 deja la nube ilesa
 tocando en el confín del horizonte
 como hoguera en la cúspide del monte.

Y después queda el cielo rodeado
 de celajes á guisa de doseles
 que guarnecen un fondo nacarado
 entre esmalte de célicos claveles ;
 ¿ qué pueden ser entonces
 los humanos pinceles
 cuando bella y brillante la natura
 despliega su riqueza y su hermosura ?

Entonces arrobado siente el hombre
 aquel himno que entona el firmamento,
 y los ecos seráficos que el nombre
 alaban del Autor de tal portento ;
 mientras que las estrellas
 con brillo tremulento
 ya del cielo la bóveda tachonan
 y al Eterno otros cánticos entonan.

¡Qué sublime, qué plácido es sentarse
junto al pie de la roca solitaria,
y en alzados pensares espaciarse
elevando hasta el cielo la plegaria!

Entre tanto la luna
como luz funeraria
va alumbrando la tierra, que dormida
ni da seña que goce de la vida.

¡Amable soledad! más apacible
que á nave que luchara con el cierzo
el sentir aquel aura bonancible
que las velas impele sin esfuerzo;
balsámica tú calmas
la desazón terrible
del mísero que dicha ni reposo
no encuentra en este mundo proceloso.

Recostado en tu seno de blandura,
anegados en lágrimas sus ojos,
en consuelo conviertes su tristura
y en quietud agradable sus enojos;
que en aquesta morada
de espinas y de abrojos

¡infeliz! ¿quién esquivo te contempla
y en tu seno su espíritu no templa?

Que al hombre que te mira con desvío,
ni le place tu mágica tristeza,
y no siente un sublime desvarío
contemplando arrobado tu grandeza,
alma helada y mezquina
le dió naturaleza;
mal pulsara las cuerdas de la lira
que en sus manos heladas no suspira.

¿No sabéis dó tuviera sus visiones
el vate que derrama sus cantares
y arrastra en pos de sí generaciones
como el viento las olas de los mares?

¿Sabéis dónde bebiera
los sublimes pensares
que vertidos en canto peregrino
renombre le alcanzaran de divino?

Extraviado en las sendas del desierto,
esquivando ruidosa muchedumbre
cruza el valle de sombras encubierto,
de alto monte camina hasta la cumbre,
hasta que el sacro fuego
sus tinieblas alumbre,
cien mágicas visiones á porfía
desfilando en su mente y fantasía.

Cual de montes lejanos la cadena,
mil recuerdos se agolpan á su mente
en desierto de rocas y de arena
y del sol al rayar incandescente;
de Horeb, Madián el nombre
recuerda vagamente

y al pastor por la cólera proscripto
del ingrato monarca del Egipto.

Quando tiende su manto negra noche,
quando brota en el pecho la tristura,
quando mustia la flor cierra su broche
revestida de luto la natura,
quando murmura el viento
en honda sepultura
y se ven los cipreses ondulantes
om o negros espectros de gigantes:

Él medita en los valles más desiertos
 á la sombra del árbol solitario,
 penetra en las mansiones de los muertos
 cual si oyera suspiro funerario,
 mientras duerme en profundo
 silencio el santuario
 velado por doquiera con las sombras,
 cual de muerte con lóbregas alfombras.

Que al hombre diera el cielo una alma triste
 que no sufre el bullicio de la orgía,
 ni la nada que de oro se reviste
 y afecta convulsiva la alegría,
 es entonces el alma
 como ardiente bujía
 que en el aire su pábulo no encuentra,
 se apaga si su llama no concentra.

El festín con su risa no amortigua
 la pena de cuidados roedores,
 secreto sinsabor nos atestigua
 que el placer aun aguza los dolores:
 hermosa es la floresta,
 bellos son sus colores,
 un momento nos prenda su belleza,
 mas el pecho se vuelve á su tristeza.

¡Soledad! ¡soledad! que al hombre elevas
 de este suelo grosero y polvoriento,
 tú que al genio engrandeces y le llevas
 en alas de sublime pensamiento,
 ya que en la mente tosca
 no cabe tal portento,
 cuando el pecho rebosa de amargura,
 temple al menos su pena tu dulzura.

LA MUERTE

¡Oh muerte! blando consuelo
 de mi triste corazón,
 melancólica ilusión
 en mi pesaroso anhelo:

¡Qué fuera yo, si á mi lado
 no te viera de continuo,
 cual cansado peregrino
 que ve el camino acabado!

Cubierta con negro manto
 aterrorizas al hombre,
 y al sólo mentar tu nombre
 le cerca luto y espanto.

¡Temor necio! ¡necio error!
 que tan cruda no es tu mano,
 y mil veces al humano
 endulzas tú su dolor.

Y si en tremenda actitud
 el hombre se te figura,
 en profunda sepultura
 arrojando un ataúd,

Tu ademán tan espantoso
 tal vez no le pareciera,
 si en aquel ataúd viera
 al infeliz en reposo.

¿Qué es la humana criatura
en esta tierra de duelo,
si de la muerte el consuelo
no endulzara su amargura?

¡Cuánto infeliz, si á vivir
la muerte le condenara,
de su vida se quejara
con doloroso gemir!

¿Que fuera de madre tierna
que ha visto finir su amor,
si á su penar y dolor
viera duración eterna?

¿Y qué de infeliz esposa
que á su objeto idolatrado
un azar ha arrebatado
cual huracán tierna rosa,

Viendo el tálamo nupcial
enlutado con pavor,
y en él cubierto su amor
con un velo sepulcral?

Ablanda su pena atroz
pensar finirá su vida,
y con su prenda querida
le unirá muerte precoz.

Calma negro frenesí
preso en hondo calabozo
al pensar con blando gozo
que al morir saldrá de allí.

Y el desvalido anciano
que el sepulcro de sus hijos
contempla con ojos fijos
moviendo trémula mano,

¿Quién acallara su llanto
si con su muerte cercana
no olvidara la temprana
que llora en duro quebranto?

Mas, ¿y á qué salir de mí
para tu bien ponderar
¡muerte! ¿y por qué no contar
lo que te debo yo á ti?

¡Ay! ¡cuántas y cuántas veces
de la más cruel amargura
con ansia afanosa y dura
apurando estoy las heces!

Y mi rostro juvenil
baña lágrima encendida,
y de tan penosa vida
me quejo otra vez y mil.

Te me ofreces, tú, sombría,
y con tu dedo letal
me muestras luz funeral
que yo cercana no vía.

Y apenas su vista alcanzo
y azulado fulgor miro,
un consolador suspiro
de mis entrañas ya lanzo.

Y de sombras al través
diviso cual un misterio
la alta cruz del cementerio
y la cumbre del ciprés.

Y al ver que negro ataúd
está ya medio entreabierto,
se anima mi dedo yerto
y pulsa negro laúd.

Y bañado de esperanza,
cual balsámico rocío,
suspira el corazón mío
en placentera bonanza.

¡ Dios eterno! que la muerte
sea siempre mi consuelo,
que ella me recuerde el cielo
en los trances de mi suerte.

Que no quiero yo morir
con la muerte del impío,
y al morir ¡ Salvador mío!
vuestra cruz quiero yo asir,

Y las llagas adorar
de vuestra imagen sangrienta,
y con mano tremulenta
á mis labios la acercar.

Y que calme mi temor
María con su sonrisa,
cual refresca leve brisa
al que sufoca el calor.

Y que al decir: «ya ha espirado...»
rece triste salmodía
comitiva tierna y pía
junto á mi cuerpo finado.

Y que al anunciar mi fin
plañidera campanada
recordando polvo y nada
á bullicioso festín,

De eterna felicidad
goce ya mi alma arrobada,
de ese mundo ya olvidada,
sumida en la eternidad.

EL ATAÚD

¡ Cuándo será que yo pueda
libre de cuerpo pesado
el firmamento estrellado
cual saeta atravesar;
y en el seno del Eterno
creador de la natura
para siempre mi tristura
y mis penas olvidar!

Que en ese montón de polvo,
en esos mares de arena
donde arrastro la cadena
de una vida de dolor,
no encuentre sombra de dicha
ni un momento de reposo,
sólo un ambiente ardoroso
que me ahoga de calor.

¡ Ay de mí, si no sintiera
un latido de esperanza
de una eterna bienandanza,
que es premio de la virtud;

si no sintiera el consuelo
con que inunda el pecho mío
un suavísimo rocío
pensando en el ataúd!

Día vendrá, tal vez será mañana,
que yerto como el mármol de un sepulcro,
rodeado de luces funerales
finado yaceré.

El silencio reinando en torno mío,
los callados y lúgubres umbrales
al pisar de mi lóbrega morada
detendrá el hombre el pie...

¡Qué soledad! las luces vacilantes
reflejando sus trémulos fulgores
en mi rostro amarillo y marchitado
infundirán pavor:

Y si alguien me contempla estremecido
rezará por el alma del finado
en voz leve la fúnebre plegaria
bañándole el sudor.

Negro manto cubriendo mi cadáver,
con las manos cruzadas sobre el pecho
de amarillo y morado salpicadas,
la pupila sin luz:

Anublada la frente, las mejillas
denegridas, el labio amoratado,
envolviendo mis sienes pavorosas
el sombrío capuz.

Dará la hora que marca de la noche
la fúnebre mitad; hondo silencio
envuelto entre las lóbregas tinieblas
por doquier reinará:

Oiráse, empero, de vez en cuando
el agudo graznido tremulento
del buho, que en vecino campanario
sombrio posará.

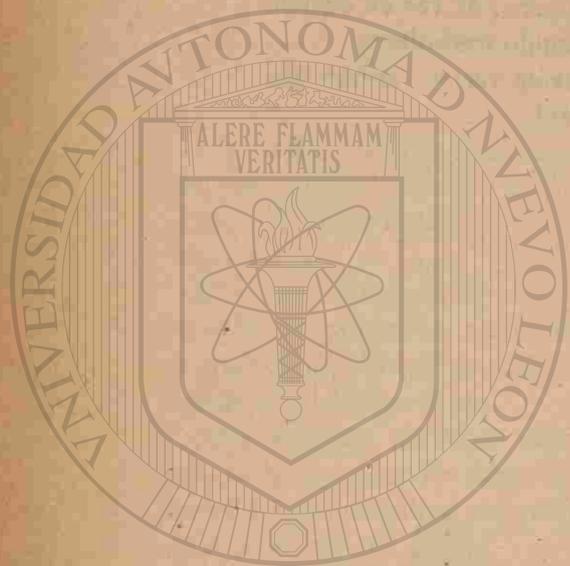
.....

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

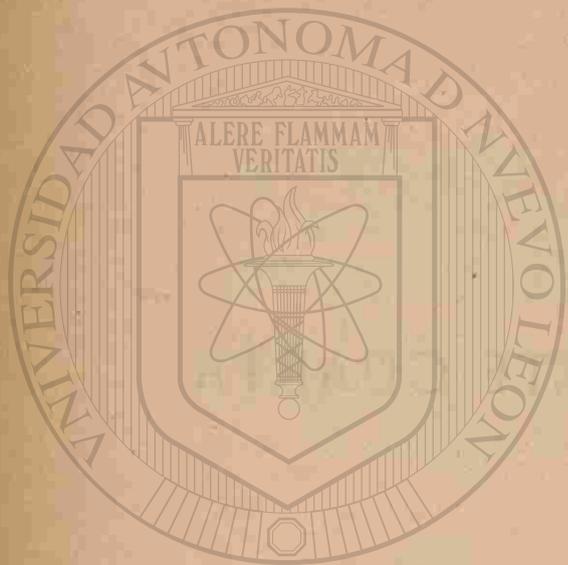


U A N L
PARTE CUARTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Á UN NUEVO CELEBRANTE

Cubierto con augusta vestidura
Hacia el ara camina fulgorosa
Por la primera vez;
En sus labios respira una alma pura,
Pintados en su frente ruborosa
Candor y timidez.

Con divina armonía en alto cielo
El arpa de elevados querubines
Empezó á resonar:
¡El momento llegó!... ¡con áureo velo
Veis cuál cubren su faz los serafines
En torno del altar?
¡Cómo absorto no veis cuál su mirada
Está fija? las manos en postura
De férvida oración:
Se dirige á la víctima sagrada;
Es un Dios escuchando á su criatura...
¡Cielos! ¡ qué dignación!

¡Oh! ¡mil veces feliz, nuevo Escogido!
 ¿Tu corazón no sientes inundado
 De gracias y de luz?
 ¿No percibes ternísimo latido
 Al sentir que tu pecho se ha bañado
 Con sangre de la cruz?

No será en vano, no: que en adelante
 Palabra de salud y eterna vida

Tu boca verterá,
 Y con habla tan dulce y penetrante,
 Que balsámica gota sobre herida
 Tan grata no será.

Por tus manos la súplica del hombre
 Entre nubes de incienso presentada
 Será acepta al Señor;
 De un Dios Trino invocado el Santo Nombre,
 Romperás la diabólica lazada
 Á infeliz pecador.

En sus penas dulcísimo consuelo,
 En sus ansias la calma y la bonanza
 Tú darás al mortal;

Y cual ángel bajado de alto cielo
 Bañarás con la luz de la esperanza
 La mansión sepulcral.

Yo debo enmudecer, que dicha tanta
 A expresar no bastaran mis acentos
 Cómo ha cabido en ti....
 Cuando estés junto al Ara sacrosanta
 Consumando el mayor de los portentos
 No te olvides de mí.

LA CRUZ SOLITARIA

De salud señal augusta,
 de amor plácido recuerdo,
 esperanza del mortal
 en esa tierra de duelo:

Yo bendigo agradecido
 la mano que en santo celo
 te plantó aquí solitaria
 en la mitad del desierto.

Cubren tu base y tus brazos
 los copos de musgo seco,
 y otro musgo verde apunta
 para cubrirte de nuevo.

Largos años ha que sirves
 de consuelo al pasajero,
 que la piedra de tus brazos
 es consumida del tiempo.

¡Cuánto suspiro escuchaste
 de afligido que el gran peso
 de su pena aligeraba
 imprimiendo en ti sus besos:

Del peregrino que pasa
 agobiado de recuerdos
 refrescando de su patria
 los amables embelesos:

Del proscrito que divaga
errante con paso incierto,
separado de su esposa
y del fruto de amor tierno:

Del mendigo que tiritita
de frío en el crudo invierno,
y que en estío ardoroso
sufre del sol el tormento:

• Del viajero extraviado
por incógnitos senderos,
sorprendido por la noche
aquí en medio del desierto!

Todos sienten un alivio
tus brazos en descubriendo,
á tu pie todos se paran
á meditar en silencio.

Todos te cuentan su cuita
esperando algún consuelo
del que muriera en tus brazos
en el Gólgota sangriento.

¡ Oh Cruz! recibe también
de este obscuro pasajero
ese beso que te imprime,
muestra de homenaje tierno;

Mientras hundida la frente
en el polvo de tu suelo,
y doblada la rodilla
tu pie en mis brazos estrecho.

Una mirada benigna
por ti desde el alto cielo
dispéñseme compasivo
el Autor del firmamento.

SAN JUAN BAUTISTA

Salido ya del desierto
que deja por vez primera,
del Jordán á la ribera
un desconocido está:

¿ Quién es? ¿Cuál será su nombre?
¿ Quién conduce su destino?
¿ Quién dirige su camino?
¿ De dó viene? ¿ Dónde va?

Muy floridos son sus años,
y su faz amable y bella
marchita con cruda huella
de austeridad y rigor.

En sus ojos penetrantes
un fuego divino brilla,
y matiza su mejilla
de las rosas el color.

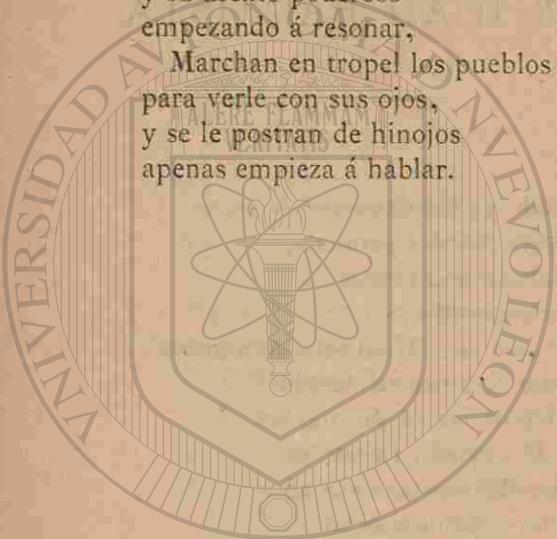
Una túnica cerdosa
forma su pobre vestido,
lleva su cuerpo ceñido
con un ceñidor de piel.

Jamás prueba pan ni fruto
ni cuanto al hombre alimenta,

de langostas se sustenta
y de selvática miel.

En su frente lleva escrito
un destino misterioso,
y su acento poderoso
empezando á resonar,

Marchan en tropel los pueblos
para verle con sus ojos,
y se le postran de hinojos
apenas empieza á hablar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAN PABLO EN EL DESIERTO

Allá... do para el águila su vuelo,
¡él es! en lo más hondo del desierto,
cual si oyera un angélico concierto
arrobado en celeste inspiración:
hincado de rodillas en el suelo,
la diestra mano levantada al cielo,
la otra en el corazón.

¡Qué célica dulzura siente el alma,
cuando miro su barba plateada
sobre el pecho, cual cándida nevada
que la copa del árbol blanqueó;
y al contemplar su túnica de palma
y aquella paz y placentera calma
que un siglo no alteró!

¡Gran Dios! y transcurrieron ya cien años
que dejando del hombre la vivienda
tomara del desierto angosta senda
para hundirse en olvido sepulcral,
hollando el falso brillo y los engaños

y el seductor halago y los amaños
de serpiente infernal.

Ya en la hoya del sepulcro se sumiera
generación entera de mortales,
cual del árbol el tronco y los ramales
en sima que cavarán á su pie,
ó la hoja que llevó corriente fiera
sobrenada un instante en la ribera
y luego no se ve.

Y cual árbol de raza peregrina,
por el hacha del tiempo respetado,
envejece en un valle retirado
extendiendo sus ramas por doquier;
y á su pie yace ajada y blanquecina
bella flor que se abriera purpurina
y encantadora ayer.

¡Oh santo Solitario! ¡á cuál altura
se encumbra tu sublime pensamiento
cuando miras el vasto firmamento!
¡Pudíerame contigo levantar
contemplando arrobado la natura
y al supremo Hacedor en su luz pura
á tu lado adorar!

Que tal vez quebrantadas las cadenas
de ese mundo de duelos y pesares
no fueran tan crueles los penares
y el desierto templara su amargor;
que no son las campiñas más amenas
do al mortal la amargura de sus penas
se convierte en dulzor.

Cual vaga pensativo y solitario
del hogar patrio el infeliz proscrito,

y le aplace más bien prado marchito
que el verdor y las flores del jardín;
y en el monte aislado campanario,
ó el silencio de obscuro santuario
que el reir del festín.

Contigo yo subiendo
á la cresta del monte
viera del horizonte
el vasto pabellón,
que con mano potente
al aire desplegara
y de luz le bañara
allá en la creación.

Y de rosas orlado
al bello sol naciente,
después con rayo ardiente
abrasando el zenit,
y en pos aura más pura
en soto umbroso y frío
en caluroso estío
el fruto de la vid.

Cuando en noche serena
el astro de consuelo
blanco y sombrío velo
tendiera sobre mí,
al oír tus suspiros
hincara la rodilla
celeste maravilla
para admirar en ti.

Tus ojos chispearan
con fuego reluciente,

como en la fragua ardiente
centellea el metal;
y tu frente marchita
cobrara su frescura,
cual la mustia natura
con sol primaveral.

Como herido del rayo
cayera yo en el suelo
al ver con rauda vuelo
descendiendo veloz
al ángel del Eterno
que junto a ti posara,
absorto yo escuchara
que te habla en leve voz.

Y al levantar mis ojos
sus alas plateadas
tendiera matizadas
de azul y de carmín,
el más fragante aroma
sintiera en torno mío
perfumado rocío
de celeste jardín.

En tu gruta descanso
me diera sueño manso,
cual á marchita flor
en noche del estío
suavísimo rocío
refresca su calor.

Que el musgo de tu techo
y la hoja de tu lecho
más me pluguiera á mí,

que artesón de oro y nácar embutido
y el lecho ricamente guarnecido
con oro y carmesí.

El rayar de la aurora
no fuera como ahora
empezar á gemir;
cual oye con dolor que ya resuena
el cautivo la bárbara cadena
sus ojos al abrir.

Si del sol á los rayos ardorosos
ronco silbo repite la cigarra,
y el arenal escarba con su garra
abrasado de sed fiero león,
buscara sitio umbroso
de himno sagrado al son:

Y al ver la brava fiera que se avanza
con su lengua colgada por la arena
con furor sacudiendo la melena
y rugiendo al mirar do me hallo yo;
el temor no alterara mi templanza,
que tuviera fijada mi esperanza
en Dios que le crió.

Al pie de roca ardiente
bebiera en fresca fuente
cual hijo de Israel,
y la amargura acerba
de selvática yerba
se me trocara en miel.

¡Vano soñar! que el pabellón salvaje
veo ya do estampaste tu pisada,
y por el aire libre desplegada

la tienda de los árabes flotar,
cual el ave que para en el ramaje
y que esquiva se esconde entre el follaje
y echa luego á volar.

Y de allí, do dejando terrea esfera
volara á las regiones de lo inmenso
tu oración más fragante que el incienso,
más pura que los rayos de la luz,
veo arrancar con mano impía y fiera
del mortal la esperanza postrimera,
del Salvador la cruz.

Y si el viento en borrasca abrasadora
arranca del desierto las entrañas,
revolviendo de arena las montañas,
como el día en que el mundo finirá,
de Meca al impostor postrado adora
y tremebundo y fervoroso implora
al profeta de Alá.

Al viajar por el mágico oriente
rebosando en recuerdos el cristiano,
aun señala mil veces con su mano
do brillara sublime tu virtud;
y al volver á su patria, al occidente,
con el pecho en hervor y orlada frente
te consagra el laúd.

Diérame un ángel lira resonante,
los arrobos extáticos del poeta,
ó la lengua de fuego del profeta,
ó su cítara de oro y de marfil,
sacro fuego brillara en mi semblante,
la sien ceñida de laurel fragante,
cantara veces mil.

Ora no; que no puede el laúd mío
aspirar orgulloso á tanta gloria,
sólo puede á su vate la memoria
con su débil acento recordar
despreciando la mofa del impío,
cual de insecto que zumba en el estío
el sordo susurrar.

LA ORACIÓN DE JESÚS

EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ

Era la noche lúgubre y sombría,
 La luna en la mitad del firmamento
 Pálida cual antoreha de un sepulcro
 Do un monarca reposa en el silencio.
 La ciudad y sus torres encumbradas,
 Sus baluartes, alcázares y templo
 Confundidos en grupo tenebroso
 Parecían cual fúnebres espectros,
 Que en las sombras de noche tenebrosa
 Desplegaban sus miembros gigantescos,
 Despidiendo cual fleble llamarada
 Sus metales tal vez algún reflejo.
 Del Cedrón la corriente murmuraba,
 Del valle respondíanle los ecos,
 Las tumbas de los reyes parecían
 Exhalar algún lúgubre lamento.
 Soplo leve con ala tremulosa
 Del olivo las ramas va meciendo,
 Y en el suelo tres hombres en un grupo
 Descúbrense rendidos por el sueño.

Más allá... no muy lejos, cuanto alcanza
 De una piedra arrojada el breve trecho,
 Inmóvil en humilde compostura,
 Hincado de rodillas en el suelo,
 Orando con plegaria fervorosa,
 De amargura inundado el triste pecho
 Á la vista del cáliz do rebosa
 La justicia terrible del Eterno,
 Desahoga su pecho apesarado
 Al Padre dirigiéndose muy tierno:
 « ¡ Oh mi Padre! traslada, si es posible,
 Ese cáliz, traslada; mas no quiero
 Se haga mi voluntad, sino la tuya. »
 Dijo así, y otra vez en el silencio
 Sumergido apuraba la amargura
 Del cáliz más terrible y más acerbo.
 Entre tanto no olvida su ternura
 Á sus tres compañeros predilectos,
 Levántase, se acerca, y dulcemente
 Les exhorta á que velen un momento:
 « ¿ Ni una hora siquiera no pudisteis
 Conmigo vigilar? » Esto diciendo
 Tocaba blandamente con su mano
 La frente del carísimo mancebo
 Que en la cena dormía recostado
 Sobre el pecho amoroso del Maestro.
 Al tacto de la mano estremecido
 Con susto y sobresalto está despierto,
 Conoce de Jesús la compostura,
 Conoce los dulcísimos acentos,
 Respóndele con plácida sonrisa,
 Y le embarga otra vez el blando sueño.

Indulgente los deja en el descanso,
 Y se aparta el mansísimo cordero,
 Y otra vez comenzando su plegaria
 Invoca fervoroso al Padre eterno.
 ¡Qué pensares se agitan en su mente!
 ¡Qué angustias pesarosas en su pecho!
 ¡Qué congojas mortales, qué agonía
 El alma le destrozan! ¡qué sangriento
 Y copioso sudor el sacro rostro
 Le inunda, y en arroyos hasta el suelo
 Discurre! ¡Cuál se ofrecen á su mente
 De un pérfido discípulo el proyecto,
 Del Gólgota la cumbre pavorosa,
 Y la muerte afrentosa del madero,
 Y el escarnio y la burla del soldado,
 Y el insulto feroz del fariseo,
 Y el dolor de una madre, que llorosa
 Sin encontrar alivio ni consuelo
 Andará confundida entre oleadas
 Aullidos de furor de un pueblo ciego
 Escuchando, y el ruido de las armas
 Que suenan con estrépito, y sufriendo
 El empuje brutal de cruda lanza
 Que acercarse la veda con desprecio!
 El negro porvenir en tanta angustia
 Desplégase preñado de sucesos,
 Que de sangre tan pura el sacro fruto
 Desperdician con crímenes horrendos.
 ¿Veis? ¿no veis cuál la túnica inconsútil
 Destroza de un sacrílego y soberbio
 El vano cavilar, y cómo el orbe
 En su astuta maraña se ve envuelto?

Y pueblos numerosos, que de opaca
 Noche á la bella luz del Evangelio
 Son llamados, bebiendo incautamente
 El sutil y mortífero veneno,
 Larga serie preparan de desastres
 Y penas á la Esposa del Cordero.
 De entre escombros de escuelas destruídas
 Renacen, cual pestíferos insectos,
 Los delirios febriles que apellida
 El hombre los portentos de su ingenio.
 ¡Ay! que rasga su pecho dolorido
 El mirarle que tímido y soberbio,
 Del saber ostentando el aparato,
 Orgullosa se sienta de alto templo
 En la sede; con pompa revestido
 De sagrados y augustos ornamentos
 Enarbola la enseña del orgullo
 Arrastrando en tropel á tantos pueblos,
 Que por alevés silbos extraviados
 Desoyen la palabra y los consejos
 Que llorando tan hondo descarrío
 Les dirige la Cátedra de Pedro.
 ¡Ay! aparta tus ojos, no los mires,
 Que bastante padece ya tu pecho,
 De Occidente desvía esos tus ojos,
 No los mires; que rompen con desprecio
 Tus lazos más sagrados, y hasta olvidan
 De tu amor el ternísimo recuerdo
 Que en la noche ¡ay ingratos! has dejado
 Que precedió á tu muerte de tormentos.
 Á tanto padecer abandonado
 ¿Es posible te deje el alto cielo,

Sin muestra que siquiera algún instante
 Te dé alivio en penares tan acerbos?
 No; que el ruego amoroso que diriges
 Al Padre celestial, en cuyo seno
 Engendrado tú fuiste, elevaráse
 A las gradas del trono del Eterno.
 De entre nubes, que el cielo encapotado
 Mantiene, se desgaja con portento
 Un grupo que semeja la peana
 De algún ángel, celeste mensajero,
 Nube obscura, cual manto de tristeza,
 Despide debilísimo reflejo,
 Que descubre de noche entre las sombras
 Al que envía á la tierra el alto cielo.
 En su frente se pinta la tristeza,
 Cual vispera que encubre un día bello;
 Mas, la calma que muestra en su semblante,
 Su mirar de respeto y amor tierno
 Manifiestan que lleva algún mensaje
 Que al dolor podrá dar algún consuelo.
 Hincada la rodilla se prosterna
 Y abatida la frente besa el suelo,
 Que contempla regado con la sangre
 Que sudara el mansísimo Cordero.
 Ya despliega sus labios: ¿ qué le dice?...
 Retírate, mortal; mantente lejos,
 No pretendas saber lo que decía
 En trance tan amargo y tan tremendo
 El Ángel confortando al que criara
 Al ángel y la tierra con el cielo.

LUSTRA SEX QUI JAM PEREGIT...

TRADUCCIÓN

Los seis lustros ya cumplidos,
 dió por fin hora terrible,
 y tranquilo y apacible,
 cual cordero, el Redentor
 de su voluntad se entrega
 á la merced del tormento
 sobre un madero sangriento
 en holocausto de amor.

Espinas, clavos y lanza
 le atraviesan á porfía,
 danle hiel en su agonía
 para más le atormentar;
 agua y sangre va manando
 de su cuerpo desgarrado
 para bautismo sagrado
 de cielo, de tierra y mar.

En germen, en flor y rama,
 ¡oh Cruz!, tú sola descuellas,
 las arboledas más bellas
 nada presentan de igual:

¡oh dichoso el hierro santo,
dichoso el leño cargado
con aquel peso sagrado
de su cuerpo divinal!

Encorva ¡oh leño! tus ramas,
ablanda tu contextura,
y esa rigidez tan dura
suaviza un momento, ¡oh Cruz!,
y los miembros en tu tronco
tiende con dulce blandura
del Autor de la natura,
del Dios que crió la luz.

Sólo tú la digna fuiste
que en tus brazos padeciera
el Cordero que muriera
de los hombres por amor;
y tú fuiste el arca santa
en diluvio de pecado:
¡dichoso el leño bañado
con sangre del Rendentor!

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
resuene un eterno canto
en alma Jerusalén.
De la Trinidad el nombre
con profundo acatamiento
alabe en eterno acento
todo lo criado: Amén.

ORACIÓN DE JEREMÍAS

QUE EMPIEZA:

RECORDARE, DÓMINE...

TRADUCCIÓN LIBRE

Acuérdate, ¡oh Señor!, de tal quebranto,
Compasivo contempla nuestra afrenta;
A manos extranjeras
Nuestros campos, viñedos y praderas
Pasaron con violenta
Y feroz empujada;
De nuestra casa, plácida morada
Do felices vivimos largos años
Arrojados por huéspedes extraños,
Huérfanos nos quedamos, sin consuelo,
De una madre enlutada con el duelo.
Hasta el agua que brota
Abundante compramos con moneda
Y el leño combustible
Que allá en tiempo dichoso y bonancible
Desdeñosos cogiéramos cual greda;
Tirados cual feroces animales
De la cerviz por secos arenales
Vamos cual hato manso;
Y si algún infelice fatigado

Desfallece postrado,
 Crüeles le atormentan sin descanso.
 Hambrientos con penosa servidumbre,
 Del egipcio y asirio á duras penas
 De pan algún bocado
 Desdeñoso nos vemos alargado
 Después de pesadísimas cadenas.
 ¡ Ah Señor! nuestros padres delinquieron:
 Ellos no son; lo que ellos merecieron
 Sufre su descendencia.
 Altivos y protervos
 Con villana insolencia,
 Ya señores, nos vejan nuestros siervos.
 ¡ Lloramos! no hay clemencia
 Que nos libre de males tan acerbos.
 Siempre con cruda espada
 Que amagaba tronchar nuestras services,
 Marchando por desiertos espantosos,
 Hambrientos, sudorosos,
 Devorábamos pan: ¡ ay infelices!
 La faz pálida y mustia,
 Secada nuestra piel como en un horno,
 Consumidos del hambre y de la angustia,
 Y los ojos hundidos,
 Y como carcomidos,
 Estúpidos y errantes en contorno;
 Y para colmo ¡ guay! de tantos males
 Vimos nuestras doncellas,
 Nuestras esposas bellas
 Entre manos feroces y brutales.

SALMO 103

QUE EMPIEZA:

BENEDIC, ÁNIMA MEA, DÓMINO...

TRADUCCIÓN LIBRE

Bendice, ¡ oh alma mía!, al Dios de gloria;
 ¡ Oh Señor! ¡ cuán sublime es la grandeza
 De vuestra majestad! De alma belleza
 Y de luz cual magnífico ropaje
 Esplendente ceñido,
 Cual pabellón los cielos desplegaste,
 Y sobre el firmamento
 Las aguas cual cristal atesoraste;
 Son nubes tu magnífica carroza;
 De los vientos las alas cabalgando
 Mandas y al punto acuden á tu mando
 Tus ángeles más rápidos que el viento,
 Cual centellas ardientes;
 Á la tierra le diste el ancho asiento:
 Del nivel que le diste
 Moverla no podrán siglos sin cuento
 Hubo un día, que en negro abismo envuelta
 Estaba cual un fúnebre vestido;
 Y las aguas del monte más erguido
 Se ocultaban al son de tu amenaza,
 Pavorosas huyendo
 Del trueno que les lanzas con tu mano;
 Ondulan las montañas
 Y se extienden después en hondo llano.

Desfallece postrado,
 Crüeles le atormentan sin descanso.
 Hambrientos con penosa servidumbre,
 Del egipcio y asirio á duras penas
 De pan algún bocado
 Desdeñoso nos vemos alargado
 Después de pesadísimas cadenas.
 ¡ Ah Señor! nuestros padres delinquieron:
 Ellos no son; lo que ellos merecieron
 Sufre su descendencia.
 Altivos y protervos
 Con villana insolencia,
 Ya señores, nos vejan nuestros siervos.
 ¡ Lloramos! no hay clemencia
 Que nos libre de males tan acerbos.
 Siempre con cruda espada
 Que amagaba tronchar nuestras services,
 Marchando por desiertos espantosos,
 Hambrientos, sudorosos,
 Devorábamos pan: ¡ ay infelices!
 La faz pálida y mustia,
 Secada nuestra piel como en un horno,
 Consumidos del hambre y de la angustia,
 Y los ojos hundidos,
 Y como carcomidos,
 Estúpidos y errantes en contorno;
 Y para colmo ¡ guay! de tantos males
 Vimos nuestras doncellas,
 Nuestras esposas bellas
 Entre manos feroces y brutales.

SALMO 103

QUE EMPIEZA:

BENEDIC, ÁNIMA MEA, DÓMINO...

TRADUCCIÓN LIBRE

Bendice, ¡ oh alma mía!, al Dios de gloria;
 ¡ Oh Señor! ¡ cuán sublime es la grandeza
 De vuestra majestad! De alma belleza
 Y de luz cual magnífico ropaje
 Esplendente ceñido,
 Cual pabellón los cielos desplegaste,
 Y sobre el firmamento
 Las aguas cual cristal atesoraste;
 Son nubes tu magnífica carroza;
 De los vientos las alas cabalgando
 Mandas y al punto acuden á tu mando
 Tus ángeles más rápidos que el viento,
 Cual centellas ardientes;
 Á la tierra le diste el ancho asiento:
 Del nivel que le diste
 Moverla no podrán siglos sin cuento
 Hubo un día, que en negro abismo envuelta
 Estaba cual un fúnebre vestido;
 Y las aguas del monte más erguido
 Se ocultaban al son de tu amenaza,
 Pavorosas huyendo
 Del trueno que les lanzas con tu mano;
 Ondulan las montañas
 Y se extienden después en hondo llano.

El linde por tu diestra señalado
 No pasarán; cual cerco las encierra,
 Ni otra vez inundar podrán la tierra.
 Por sendero admirable las conduces
 En la entraña del monte, fresca vena
 Atraviesa de peñas la cadena,
 Y en valle retirada
 De la roca filtrándose destila,
 Y formando arroyuelo
 Cual líquido cristal mana tranquila.
 Allá se abreva el animal cansado,
 Y la fiera sus fauces abrasadas
 Refresca allí también; cerca posadas
 Las aves bulliciosas
 Desatando sus cantos peregrinos
 En medio de las rocas
 Exhalan sus gorjeos y sus trinos.
 Con lluvia sazónada el seco monte
 Tú riegas y fecundas la llanura;
 Con su fruto en sazón á tu criatura
 Alimento abundante le preparas,
 Heno para el jumento;
 Con próspera bondad para el humano,
 El pan blanco y sabroso
 En la yerba que crece con el grano;
 Ni basta á tus cuidados paternales
 Darle pan que le nutra y róbustezca;
 No sea que su pecho desfallezca,
 De la vid en el jugo vigoroso
 Grato licor encuentra
 Que le torna jovial y confortado;
 Y oloroso perfume

En balsámico arbusto preparado,
 Alto cedro del Líbano sus ramas
 Extiende con el jugo que derramas
 En el suelo que nutre sus raíces;
 Y hasta el árbol humilde
 En el campo demuestra lozanía,
 Y el nido de las aves
 Ondeando con ufana gallardía.
 Á la abeja cual guía se adelanta
 Encumbrando su nido la cigüeña;
 Y en la honda hendidura de la peña
 El erizo medroso se agazapa;
 Á las altas montañas trepa el ciervo
 Con rápida corrida,
 Y entre quebrados riscos
 Allí encuentra segura su guarida.
 Cual péndulo la luna de los tiempos
 El girar nos señala con su paso;
 Seguro marcha el sol hacia el ocaso
 Cual andante que sabe su camino;
 Viene la noche obscura,
 Abandonan las fieras la maleza,
 Y el leoncico hambriento
 Sale al campo rugiendo con braveza,
 Cual si á Dios su alimento demandaran;
 Viene el día, y acuden presurosas
 En tropel á sus cuevas tenebrosas.
 Sale el hombre tranquilo á su trabajo
 Hasta volver la noche;
 ¡Cuán grandes son, Señor, de vuestra mano
 Las obras! ¡qué concierto,
 Qué riqueza y designio soberano!

Grande el mar, extendidos son sus senos,
 Cien bajeles ya cubren su llanura,
 Y en sus aguas divagan sin medida
 Variados vivientes y sin cuento,
 Y junto al pececillo,
 Que chispea y reluce en sus cristales,
 Retoza un monstruo horrible
 Sacudiendo sus miembros colosales;
 Y todos de tu próspera largueza
 Esperan, ¡oh Señor!, el alimento;
 Derramas de tu mano su sustento,
 Lo recogen, y quedan saciados.
 Mas, si tu faz benigna
 Apartares, turbados desfallecen,
 Espiran, y en el polvo
 Otra vez confundidos desaparecen.
 Mas, si envías tu soplo poderoso,
 Cobra el polvo la vida y ser la nada.
 Su faz mira la tierra renovada,
 Que loado seas siempre por tus obras;
 El monte de tu planta
 Sólo al contacto enciéndose y humea,
 Y á tu sola mirada
 Se estremece la tierra y bambolea.
 Del Señor cantaré las alabanzas
 Mientras viva, dichoso si me diera
 Que mi loa le fuese placentera;
 Mi más grata delicia es el Señor;
 De la tierra el malvado
 Desparezca y el hombre corrompido:
 Yo de Dios nunca, nunca
 La santa loa dejaré en olvido

HIMNE:
JESU, CORONA VIRGINUM...

TRADUCCIÓN

Jesús, que de Verge pura
 naixer volguereu aquí,
 sens desllustrar la hermosura
 de la estrella del matí:

Cenyit de gloria admirable,
 al cor de verges brillant
 las donau premi inefable
 de sa pureza constant.

Ellas ab casta alegría
 lliri sembran olorós,
 y ab dolcíssima armonía
 cantan himnes al Espós.

Dignauvos oír propici
 nostras súplicas, Senyor;
 que ni 'l pensament del vici
 contamina nostre cor.

Digan gloria eternament
 justos y ángels en son cant:
 gloria al Pare Omnipotent,
 gloria al Fill y Esperit Sant.

AMÉN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

| | PÁGS. |
|---------------------|-------|
| Preliminar. | 5 |

PARTE PRIMERA

| | |
|--|----|
| Apolo mustio. | 17 |
| El pobre y el rico | 20 |
| Á un importuno que me pedía una letrilla. | 22 |
| Al mismo asunto. | 23 |
| El poeta hinchado | 30 |
| El diálogo. | 38 |
| Epitafios | 41 |
| La oración de un clásico al pie de Helicón. | 49 |
| Epigrama | 50 |
| Saturno. | 50 |
| Epigrama | 51 |
| Un soneto imposible | 52 |
| La Fábula y la Verdad (traducción de Florián). | 53 |
| Traducción (de Boileau). | 55 |
| Una queja de Atlante (traducción de Juvenal) | 55 |
| Traducciones varias de un pasaje de Juvenal | 56 |
| El ajedrez (traducción) | 58 |
| Inscripción de Mr. Watelet (traducción) | 59 |
| Id. de un fragmento del arte poética de Horacio. | 60 |

PARTE SEGUNDA

| | |
|--|-----|
| El amanecer | 69 |
| Una mañana de primavera | 74 |
| El ruiseñor | 76 |
| La flor en el valle | 79 |
| El arroyuelo | 82 |
| La fuente en el desierto | 83 |
| Una escena de Edén | 85 |
| El vuelo | 89 |
| La paloma | 90 |
| Las alas del tiempo | 91 |
| Una noche en Barcino | 93 |
| El castillo | 95 |
| El río desbordado | 98 |
| Fragmento de una oda consagrada al parecer á la aflicción y á los recuerdos | 99 |
| El huérfano | 100 |
| El sueño del poeta | 103 |

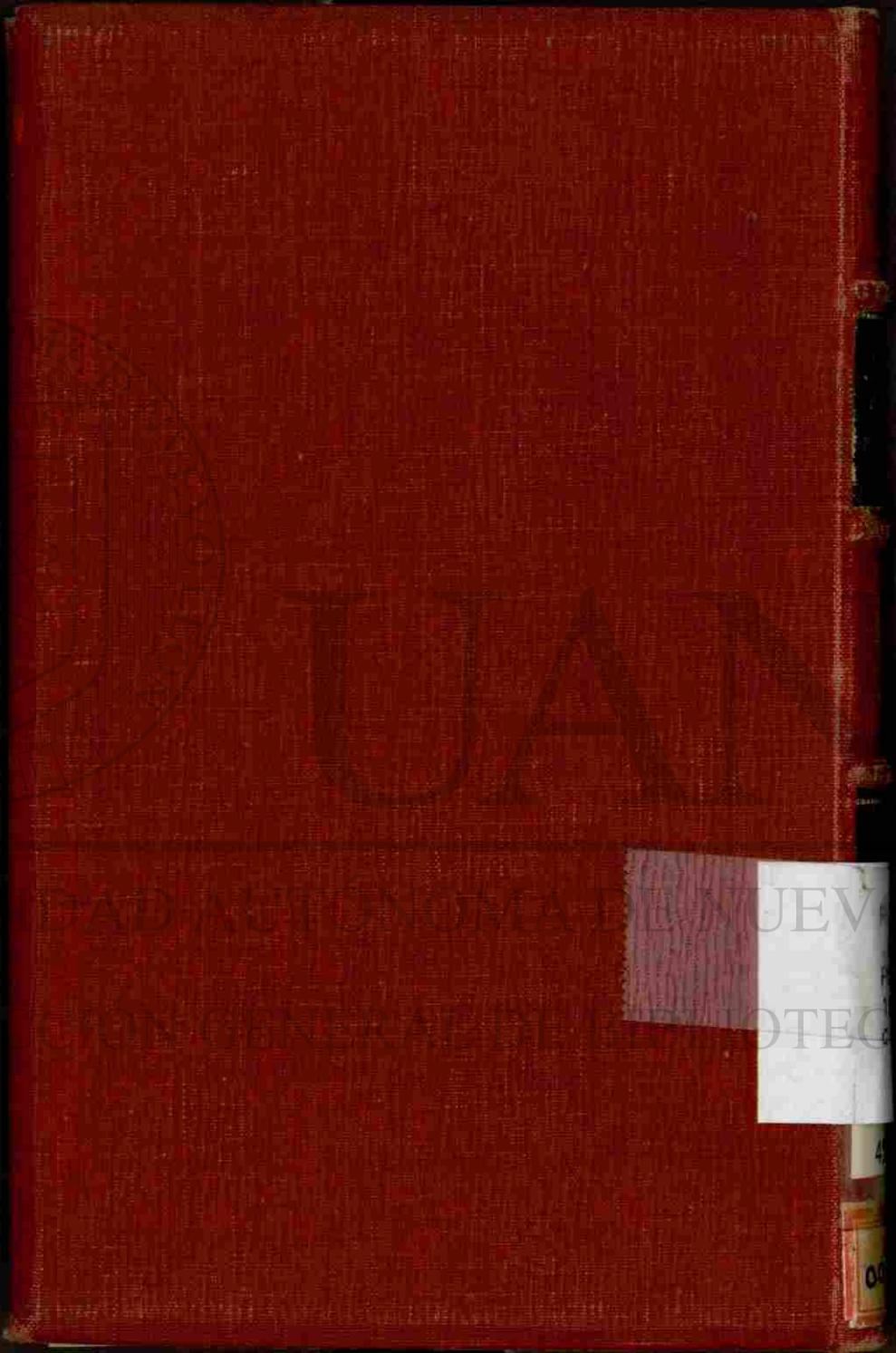
PARTE TERCERA

| | |
|--|-----|
| El Genio | 111 |
| La vida | 115 |
| Vanidad de las grandezas humanas | 121 |
| Vanidad de la ciencia humana | 124 |
| La Religión | 128 |
| Á la muerte de un amigo | 135 |
| La Víctima en el santuario | 137 |
| La irrupción de los Bárbaros | 141 |
| El ajusticiado | 147 |
| Porvenir | 155 |
| La voz del desengaño | 161 |
| La muerte del escéptico | 165 |
| Las ruinas | 167 |
| El saber | 170 |
| Una visión | 170 |

| | |
|------------------------|-----|
| Predicción | 180 |
| Traducción | 181 |
| La inquietud | 182 |
| La soledad | 184 |
| La muerte | 191 |
| El ataúd | 195 |

PARTE CUARTA

| | |
|--|-----|
| Á un nuevo celebrante | 201 |
| La Cruz solitaria | 203 |
| San Juan Bautista | 205 |
| San Pablo en el desierto | 207 |
| La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní | 214 |
| <i>Lustra sex qui jam peregit</i> (traducción) | 219 |
| Oración de Jeremías (traducción) | 221 |
| Salmo 103 (traducción) | 223 |
| Himne: <i>Jesu, corona virginum</i> (traducción) | 227 |



ADAD AUTONOMA DE NUEVO
CION GENERAL DE BIBLIOTECA

4
00